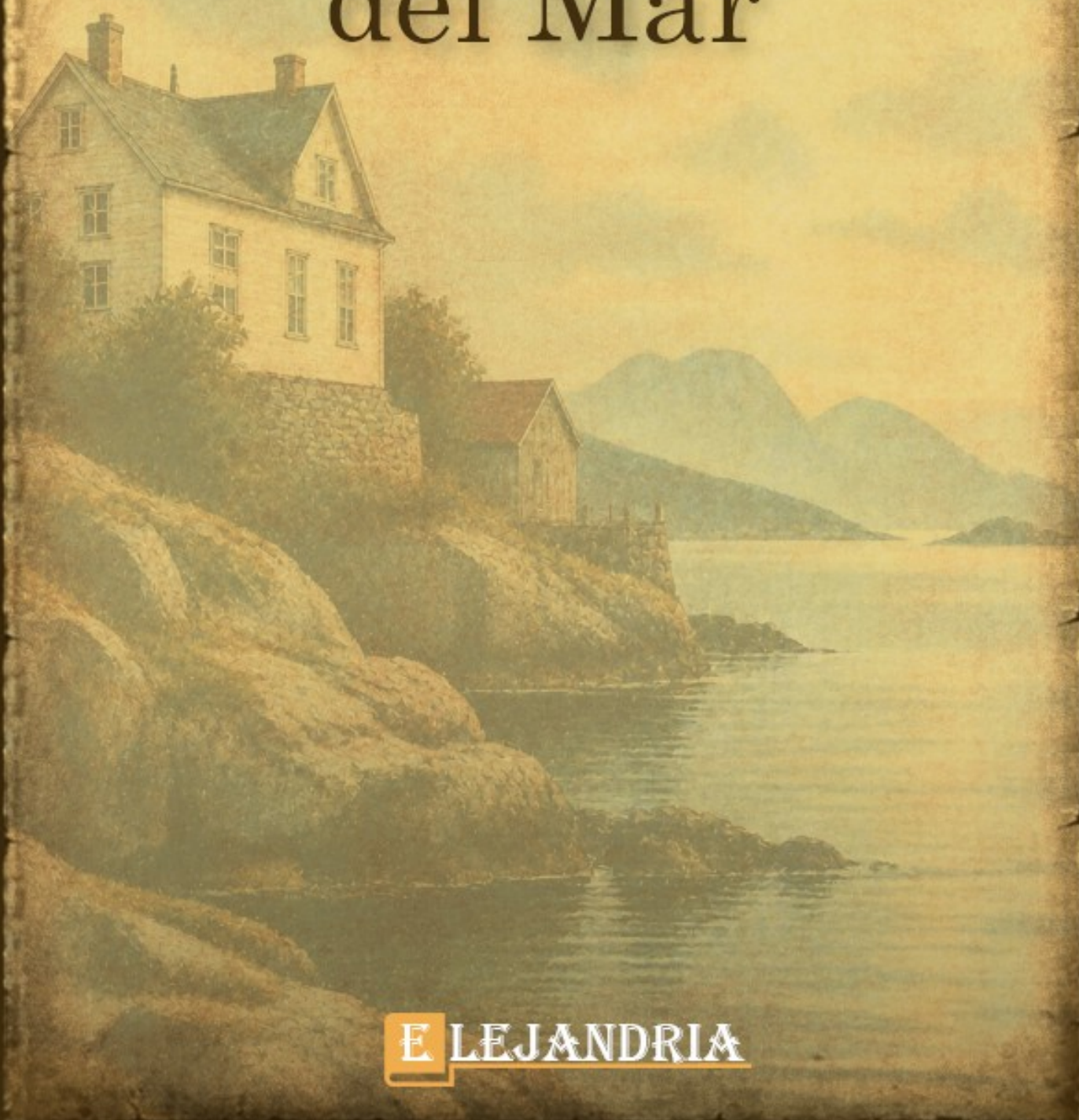




Henrik Ibsen

La Dama
del Mar



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA DAMA DEL MAR

HENRIK IBSEN

PUBLICADO: 1888

FUENTE: [HTTPS://ARCHIVE.ORG](https://archive.org)

TRADUCCIÓN: JOSÉ RAMÓN PÉREZ BANCES

**EDICIÓN ORIGINAL: DRAMAS DE ENRIQUE IBSEN, T. I
(MADRID, PERLADO, PÁEZ Y C.^a, 1914)**

PERSONAJES

- EL DOCTOR WANGEL, médico.
- LA SEÑORA ELLIDA WANGEL, su segunda mujer.
- BOLETTE, hija del primer matrimonio del doctor.
- HILDE, una muchachita joven.
- EL PROFESOR ARNHOLM.
- LYGSTRAND.
- BALLESTED.
- UN FORASTERO.

Muchachos y muchachas de la ciudad, turistas, veraneantes.

La acción transcurre durante el verano en una pequeña ciudad a orillas de un fjord, en la Noruega septentrional.

Derecha e izquierda, del actor.

ACTO PRIMERO

A la izquierda, la casa del doctor Wangel, con una gran terraza llena de muebles. Delante de la casa y alrededor, jardín. Debajo de la terraza, un asta de bandera. A la derecha, en el jardín, un cenador, con una mesa y tres sillas. Una valla de seto al fondo. Detrás de la valla, un camino que va a lo largo de la playa. El camino tiene una avenida de árboles. Por entre los árboles se divisa el fjord y el contorno de montañas y rocas en la lejanía. Un día de verano cálido y resplandeciente. Derecha e izquierda, del espectador. Ballested, de media edad, con una vieja zamarra y un ancho sombrero de artista, está al lado del asta de la bandera y dispone el lienzo. El asta yace en el suelo. Un poco más lejos hay un caballete con un lienzo. A su lado, en una silla de campo, pincel, paleta y cajas de colores. Bolette Wangel sale a la terraza por la puerta abierta del cuarto del jardín. Trae un florero lleno de flores, que coloca sobre la mesa.

BOLETTE.—¿Qué, Ballested, andará bien la bandera?

BALLESTED.—Sí, señorita... Es una pequeñez... Perdone usted, señorita. ¿Aguardan ustedes hoy visita?

BOLETTE.—Sí; esperamos esta mañana al profesor Arnholm. Ya está en la ciudad desde esta noche.

BALLESTED.—¿Arnholm?... Aguarde usted... ¿No se llamaba también Arnholm el que hace unos años era profesor aquí en la casa?

BOLETTE.—Sí, es el mismo.

BALLESTED.—¡Vea usted! ¿De modo que vuelve por aquí?

BOLETTE.—Por eso quisiéramos izar la bandera.

BALLESTED.—Se comprende.

(Bolette vuelve a entrar en el cuarto del jardín. Lyngstrand viene inmediatamente por el camino, y se para lleno de interés al ver el caballete y los aparejos de pintar. Es un muchacho delgado, vestido sencilla pero decorosamente, que parece de débil constitución.)

LYNGSTRAND.—*(Del otro lado del vallado.)* ¡Buenos días!

BALLESTED.—*(Volviéndose.)* ¡Buenos días! *(Iza la bandera.)* Ya está. Ahora a pintar. *(Asegura el lienzo y comienza a trabajar en el caballete.)* Buenos días, querido. No creo que tenga el honor...

LYNGSTRAND.—¿Usted es pintor, sin duda?

BALLESTED.—Claro que sí. ¿Por qué no había de ser pintor?

LYNGSTRAND.—Ya lo veo... ¿Podría quizás entrar un momento?

BALLESTED.—¿Quiere usted venir y ver cómo pinto?

LYNGSTRAND.—Sí; tendría un gran placer en ello.

BALLESTED.—La cosa no vale mucho la pena. Pero tenga usted la bondad; entre usted.

LYNGSTRAND.—Muchas gracias. *(Entra por la puerta del jardín.)*

BALLESTED.—*(Pintando.)* Estoy precisamente ahora en el fjord, allá entre las islas.

LYNGSTRAND.—Ya veo, ya.

BALLESTED.—Pero falta la figura todavía. Aquí en el pueblo no hay modo de encontrar modelos.

LYNGSTRAND.—¿Habrá una figura también?

BALLESTED.—Sí; en primer término habrá una sirena medio muerta.

LYNGSTRAND.—¿Por qué ha de ser medio muerta?

BALLESTED.—Ha salido a tierra y no puede encontrar el camino para volver al mar.

LYNGSTRAND.—¡Ah!

BALLESTED.—La señora de la casa es la que me ha dado el pensamiento de pintar algo por el estilo.

LYNGSTRAND.—¿Qué nombre le va a dar usted al cuadro cuando esté terminado?

BALLESTED.—Pienso titularle «El fin de la sirena».

LYNGSTRAND.—Está muy bien. Y con el asunto puede usted hacer algo bueno.

BALLESTED.—(*Le mira.*) ¿Es usted, acaso, un colega?

LYNGSTRAND.—¿Pintor, quiere usted decir?

BALLESTED.—Sí.

LYNGSTRAND.—No; pintor, no. Pero quiero ser escultor. Me llamo Hans Lyngstrand.

BALLESTED.—¿De modo que quiere usted ser escultor? Sí; la escultura es también un arte simpático y agradable... Me parece que ya le he visto a usted alguna vez en la calle. ¿Hace mucho tiempo que está usted aquí?

LYNGSTRAND.—No; no hace más que unos quince días. Pero quiero ver si puedo quedarme para todo el verano.

BALLESTED.—¿Quiere usted gozar los atractivos de la temporada de baños, eh?

LYNGSTRAND.—Quiero fortalecerme un poco.

BALLESTED.—¿No será que esté usted enfermo?

LYNGSTRAND.—¡Hum! Estoy un poco débil. Pero no es nada de peligro. Algo así como estrechez de pecho.

BALLESTED.—¡Bah! Eso son pequeñeces. Sin embargo, conviene que consulte usted con un buen médico.

LYNGSTRAND.—He pensado en hablar con el doctor Wangel.

BALLESTED.—Sí, hágalo usted. (*Mirando hacia la izquierda.*) Ahí viene otro bote de vapor, y una nube de pasajeros a bordo. En los últimos años han aumentado aquí los viajeros de un modo nunca visto.

LYNGSTRAND.—Sí; parece que hay mucha vida.

BALLESTED.— Veraneantes hay también muchísimos. Muchas veces me temo que nuestra buena ciudad pierda con tanto forastero su viejo carácter.

LYNGSTRAND.— ¿Ha nacido usted aquí?

BALLESTED.— No, eso no. Pero me he aclimatado. Me siento unido al pueblo por los lazos del tiempo y de la costumbre.

LYNGSTRAND.— ¿De modo que hace mucho tiempo que vive usted aquí?

BALLESTED.— Diecisiete o dieciocho años. Llegué aquí con la Compañía de teatro de Skive. Pero tropezamos con dificultades pecuniarias, y entonces la Compañía se deshizo y se esparció a todos los vientos.

LYNGSTRAND.— ¿Y usted se quedó aquí?

BALLESTED.— Yo me quedé. Y con el tiempo, como digo, me he aclimatado muy bien. Le diré a usted: por aquel entonces, yo me dedicaba principalmente a las decoraciones.

(Bolette sale de la casa con una mecedora, que coloca en la terraza, y habla hacia adentro, hacia el cuarto del jardín.)

BOLETTE.— Hilde, a ver si encuentras el escabel bordado de papá.

LYNGSTRAND.— *(Va hacia la terraza y saluda.)* ¡Buenos días, señorita Wangel!

BOLETTE.— *(En la balaustrada.)* ¡Oh! ¿Es usted, señor Lyngstrand? ¡Buenos días! Dispense usted un momento...; voy solo a... *(Entra en la casa.)*

BALLESTED.— ¿Conoce usted a la familia?

LYNGSTRAND.— No mucho. Solo he encontrado de cuando en cuando a las señoritas en otras casas. Y el último día de música, arriba, en el Miradero, hablé un poco con la señora. Me dijo que viniera y la visitase.

BALLESTED.— Sí, sí. Debe usted cultivar el conocimiento.

LYNGSTRAND.— Sí; ya había pensado en hacer una visita. ¡Si tuviera un pretexto!

BALLESTED.—¿Qué es eso?... Un pretexto... (*Mirando hacia la izquierda.*) ¡Pero, hombre, otra vez! (*Recoge sus cosas.*) El bote está ya en el puente de desembarco. Tengo que ir al hotel. Quizás alguno de los viajeros necesite mis servicios. Debo decir a usted que también trabajo como peluquero.

LYNGSTRAND.—Es usted una enciclopedia verdadera.

BALLESTED.—En los pueblos pequeños hay que aclimatarse a diversos oficios. Si alguna vez necesitase usted algo en lo tocante al pelo, no tiene usted más que preguntar por el maestro de baile Ballested.

LYNGSTRAND.—¿Maestro de baile?...

BALLESTED.—Si quiere usted, también director de la Sociedad musical «El Cuerno». Esta noche tenemos concierto en el Miradero. ¡Adiós, adiós! (*Sale con los adminículos por la puerta del jardín, y sigue hacia la izquierda.*)

(*Bolette e Hilde salen de la casa. Hilde trae el escabel, y Bolette, más flores. Lyngstrand saluda a Hilde desde el jardín.*)

HILDE.—(*En la balaustrada, sin saludar.*) Bolette me ha dicho ya que se había usted atrevido a entrar.

LYNGSTRAND.—Sí; me he tomado la libertad de entrar un poco.

HILDE.—¿Ha dado usted ahora su paseo de mañana?

LYNGSTRAND.—¡Oh, no! Hoy no he dado ningún paseo largo.

HILDE.—¿Ha estado usted en el baño?

LYNGSTRAND.—Sí; estuve un momento en el agua. Allí he visto a su madre de usted. Iba a su caseta.

HILDE.—¿Quién iba?

LYNGSTRAND.—Su madre de usted.

HILDE.—¡Aaah! (*Coloca el escabel ante la mecedora.*)

BOLETTE.—(*En cierto modo, interrumpiendo.*) ¿No ha visto usted allá afuera, en el fjord, rastros del bote de papá?

LYNGSTRAND.—Me parece que vi un bote de vela que iba hacia tierra.

BOLETTE.—Era, de seguro, papá. Ha hecho visitas en las islas. (*Arregla la mesa.*)

LYNGSTRAND.—(*Dando un paso por la escalera de la terraza.*) ¡Qué hermoso ha adornado usted esto con flores!

BOLETTE.—¿Verdad que está muy bonito?

LYNGSTRAND.—Sí, está magnífico. Parece que hay hoy fiesta en la casa.

HILDE.—Y la hay.

LYNGSTRAND.—Casi podía figurármelo. Sin duda el cumpleaños de su señor padre.

BOLETTE.—(*Advirtiendo a Hilde.*) ¡Hum! ¡Hum!

HILDE.—(*Sin hacerle caso.*) No..., el de mamá.

LYNGSTRAND.—¡Ah, de su mamá!

BOLETTE.—(*En voz baja, encolerizada.*) ¡Pero Hilde!

HILDE.—(*En el mismo tono.*) ¡Déjame en paz! (*A Lyngstrand.*) ¿Usted irá ahora a casa a desayunarse?

LYNGSTRAND.—(*Bajando un tramo.*) Sí; quisiera tomar un bocado.

HILDE.—¿Se encuentra usted bien en el hotel?

LYNGSTRAND.—Ya no vivo en el hotel. Era demasiado caro.

HILDE.—¿Pues dónde vive usted ahora?

LYNGSTRAND.—En casa de la señora Jensen.

HILDE.—¿De qué señora Jensen?

LYNGSTRAND.—La comadrona.

HILDE.—Usted perdone, señor Lyngstrand; pero de veras tengo más que hacer que...

LYNGSTRAND.—¡Oh! No debía haberlo dicho.

HILDE.—¿El qué?

LYNGSTRAND.—Eso; lo que acabo de decir.

HILDE.—(*Midiéndole impaciente con la mirada.*) No le entiendo a usted en absoluto.

LYNGSTRAND.—No, no. Pero ya es tiempo de que les diga a ustedes adiós.

BOLETTE.—(*Viene a la escalera.*) Adiós, adiós, señor Lyngstrand. Hoy tiene usted que disculparnos. Pero otro día..., cuando usted tenga tiempo..., tiene usted que visitar a papá... y a nosotras todas.

LYNGSTRAND.—Muchas gracias. Lo haré con el mayor placer. (*Saluda y sale por la puerta del jardín. Al pasar por la izquierda saluda otra vez.*)

HILDE.—(*A media voz.*) ¡Adieu, monsieur! Salude usted de mi parte a la señora Jensen.

BOLETTE.—(*En voz baja, sacudiendo su brazo.*) ¡Hilde! ¡Niña maleducada! ¿Es que estás loca? Hubiera podido oírte.

HILDE.—¿Crees que eso me importa?

BOLETTE.—(*Señalando hacia la derecha.*) ¡Ahí viene papá!

(*El doctor Wangel, en traje de viaje, viene por la derecha.*)

WANGEL.—¡Ajá! ¡Aquí estoy otra vez, niñas! (*Entra por la puerta del jardín.*)

BOLETTE.—(*Yendo a su encuentro por el jardín.*) ¡Cuánto me alegro de que vengas!

HILDE.—(*Bajando también al jardín.*) ¿Estás libre para todo el día, papá?

WANGEL.—No; más tarde tengo que ir un momento al despacho. Decidme: ¿sabéis si ha venido Arnholm?

BOLETTE.—Sí; ha llegado por la noche. Lo hemos enviado al hotel.

WANGEL.—¿De modo que no le habéis visto todavía?

BOLETTE.—No; pero de seguro viene esta mañana.

WANGEL.—Claro; eso sin duda.

HILDE.—Papá, ahora tienes que ver cómo hemos arreglado esto.

WANGEL.—(*Mirando hacia la terraza.*) Ya lo veo, ya. Está admirablemente.

BOLETTE.—¿Verdad que lo hemos puesto muy bonito?

WANGEL.—Sí, sí, magnífico. ¿Estamos..., estamos solos en casa?

BOLETTE.—(*Contestando con prontitud.*) Mamá ha ido a bañarse.

WANGEL.—(*Mira a Bolette cariñosamente y le acaricia el cabello. Enseguida dice vacilando un poco*): Oíd, niñas... ¿Va a estar esto así todo el día, con la bandera izada y todo?

HILDE.—¡Eso ya puedes figurártelo, papá!

WANGEL.—¡Hum!... Sí, claro... Pero ved...

BOLETTE.—(*Haciéndole guiños.*) Ya puedes pensar que todo esto solo por Arnholm lo hacemos. Cuando un amigo semejante viene y te visita por primera vez...

HILDE.—(*Sacudiéndole y sonriéndose.*) ¡Fíjate, papá, que ha sido el maestro de Bolette!

WANGEL.—(*Sonriendo a medias.*) Sois un par de picaronas... ¡Bah! Y después de todo es tan natural que nos acordemos de la que ya no está entre nosotros... Y sin embargo... Toma, Hilde (*Dándole la cartera.*), llévala al despacho... No, niñas, no. No me gusta eso. La manera de hacerlo, quiero decir. Eso de que todos los años... ¡Bueno, qué se le ha de hacer! Ahora ya no se puede cambiar.

HILDE.—(*Quiere irse con la cartera por la izquierda, pero se para, se vuelve y señala.*) Mirad aquel señor que viene allí. Seguramente que es el profesor.

BOLETTE.—(*Mirándole.*) ¿Aquel que viene allí? (*Riéndose.*) ¡Qué graciosa eres! ¡Va a ser Arnholm tan viejo!

WANGEL.—Aguarda, aguarda un momento, pues yo creo también que es él. Sí, sin duda es él.

BOLETTE.—(*Mirando aturdida.*) ¡Sí, yo creo también!...

(*Arnholm, en elegante traje de mañana, con anteojos de oro y un bastón delgado y una cartera de viaje, aparece por la izquierda en el camino. Pa-*

rece algo cansado, mira al jardín, saluda y entra por la puerta.)

WANGEL.—(*Saliendo a su encuentro.*) Bienvenido, querido Arnholm. Mil gracias por su visita. (*Se estrechan las manos y vienen juntos por el jardín.*) Y allí tenemos ya a las niñas.

ARNHOLM.—(*Dándoles la mano.*) Apenas si las hubiera conocido.

WANGEL.—Lo creo.

ARNHOLM.—Sin embargo..., a Bolette quizás... Sí, a Bolette la hubiera conocido.

WANGEL.—Me parece difícil. Han pasado ya ocho o nueve años desde que usted la vio por última vez. Sí, en ese tiempo han cambiado aquí muchas cosas.

ARNHOLM.—(*Mirando alrededor.*) A mí no me lo parece. A excepción de los árboles, que han crecido, y del cenador aquel...

WANGEL.—¡Oh, claro! Así por fuera...

ARNHOLM.—Y luego, naturalmente que usted tiene ahora en casa dos hijas creciditas, en edad de casarse...

WANGEL.—¡Oh!, realmente en estado de casarse no lo está más que la una.

HILDE.—(*A media voz.*) No, lo que es el que oiga a papá...

WANGEL.—Pero vamos a sentarnos a la terraza. Allí está más fresco. ¿Me permite usted?

ARNHOLM.—¡Gracias, gracias, querido doctor! (*Se van a la terraza.*)

WANGEL.—(*Señalándole a Arnholm la mecedora.*) ¡Ajá! Ahora siéntese usted tranquilo y descanse, pues parece que está usted cansado después del viaje.

ARNHOLM.—¡Oh!, eso no vale nada. Aquí en esta tierra...

BOLETTE.—(*A Wangel.*) ¿No estaría bien traer un poco de soda y de zumo de frutas aquí al cuarto del jardín?

WANGEL.—Eso estará bien. Traednos soda y zumo de frutas. Y acaso también algo de coñac.

BOLETTE.—¿Coñac también?

WANGEL.—Un poco nada más. Por si alguien lo quiere.

BOLETTE.—Bien. Hilde, lleva la cartera al despacho. *(Se va por el cuarto del jardín y cierra la puerta tras sí. Hilde coge la cartera y se va por el jardín hacia la izquierda, por detrás de la casa.)*

ARNHOLM.—*(Que ha seguido a Bolette con los ojos.)* Tiene usted una magnífica... Dos magníficas muchachas tiene usted.

WANGEL.—*(Sentándose.)* ¿No es verdad que sí?

ARNHOLM.—Cómo se ha transformado Bolette, es sorprendente. Hilde también... Pero ¿y usted, querido doctor, piensa usted vivir siempre aquí?

WANGEL.—¡Oh, sí! Espero que en eso pararé. ¡Aquí he vivido tan feliz con la que tan pronto nos ha abandonado!... Con aquella, Arnholm, que todavía estaba entre nosotros la última vez que nos dejó usted.

ARNHOLM.—Sí, sí...

WANGEL.—Y ahora soy feliz aquí con la que ha entrado en su lugar. ¡Oh, tengo que reconocerlo! El Destino ha sido bastante clemente conmigo.

ARNHOLM.—Pero en su segundo matrimonio no tiene usted hijos, ¿verdad?

WANGEL.—Hace dos años..., dos y medio, tuvimos un niño, pero no le tuvimos mucho tiempo entre nosotros: murió a los cuatro o cinco meses.

ARNHOLM.—¿No está hoy en casa su mujer de usted?

WANGEL.—Sí, vendrá enseguida. Ha ido al baño. Ahora va todos los días, haga el tiempo que quiera.

ARNHOLM.—¿Está enferma acaso?

WANGEL.—No, enferma no está, por más que en estos dos últimos años se ha hecho muy nerviosa. Es decir, así de vez en cuando. Yo no acabo de entender bien qué es lo que le pasa. Pero vea usted; el ir al mar es para ella la vida.

ARNHOLM.—Sí me acuerdo; antes le ocurría eso mismo también.

WANGEL.—(*Con una sonrisa casi imperceptible.*) Es verdad que usted conoce a Ellida de los tiempos en que era usted maestro en Skjoldvik.

ARNHOLM.—Sí; venía a menudo de visita a la casa del párroco. Y además la veía casi siempre que iba a visitar a su padre allá al faro.

WANGEL.—Créame usted; ese tiempo ha dejado en ella huellas profundas. La llaman la dama del mar.

ARNHOLM.—¿De veras?

WANGEL.—Sí; y por eso... Hable usted con ella de aquellos tiempos. Eso le hará mucho bien.

ARNHOLM.—(*Mirándole con aire de duda.*) ¿Tiene usted motivos para creerlo así?

WANGEL.—Sin duda que los tengo.

ELLIDA.—(*Su voz suena en el jardín, a la derecha.*) ¿Eres tú, Wangel?

WANGEL.—(*Poniéndose en pie.*) Sí, querida.

(*Ellida Wangel, con una bata ligera, con el cabello húmedo que le cuelga de los hombros, aparece por la derecha hacia el cenador. Arnholm se levanta.*)

WANGEL.—(*Sonriendo y tendiéndole las manos.*) ¡Aquí tenemos a la dama del mar!

ELLIDA.—(*Entra aprisa y le coge las manos.*) ¡Gracias a Dios que te vuelvo a ver! ¿Cuándo viniste?

WANGEL.—Ahora mismo. Hace un momento. (*Señalando a Arnholm.*) ¿Pero no quieres saludar a un antiguo conocido?

ELLIDA.—(*Le da la mano a Arnholm.*) ¿De modo que ha venido usted...? Bienvenido. Perdone que no haya estado en casa.

ARNHOLM.—¡Oh, por Dios! No gaste usted ceremonias conmigo...

WANGEL.—Qué, ¿estaba hoy fría el agua?

ELLIDA.—¿Fría? Aquí nunca está fría el agua. ¡Tan tibia y tan abatidora! ¡Puf! ¡El agua del fjord está enferma!

ARNHOLM.—Sí, está enferma. Y yo creo que a uno le pone enfermo también.

WANGEL.—(*Sonriendo.*) ¡De verdad que es una buena recomendación para nuestros baños!

ARNHOLM.—Más bien creo, señora Wangel, que usted está en una relación particular con el mar y con todo lo que de él depende.

ELLIDA.—Acaso. Casi lo creo yo misma... ¡Pero vea usted qué hermoso han puesto esto las niñas para conmemorar su venida!

WANGEL.—(*Cortado.*) ¡Hum!... (*Mirando el reloj.*) ¡Oh! Tengo que ir ya pronto...

ARNHOLM.—¿Es realmente para conmemorar mi venida?

ELLIDA.—Ya puede usted figurárselo. Esto no lo hacemos todos los días. ¡Uf! ¡Qué calor más asfixiante hace aquí! (*Baja al jardín.*) ¡Venid aquí! Aquí hay, por lo menos, algo así como una brisa. (*Se sienta en el comedor, a la derecha.*)

ARNHOLM.—(*Va hacia ella.*) A mí me parece que está muy fresco.

ELLIDA.—Claro; usted está acostumbrado a la atmósfera pesada de la capital. Por lo que he oído, allí debe ser terrible el verano.

WANGEL.—(*En el jardín también.*) Querida Ellida; ahora tendrás que entretener tú sola a nuestro amigo por un rato.

ELLIDA.—¿Tienes que hacer?

WANGEL.—Sí; tengo que ir abajo, al despacho. Y además quiero cambiar un poco de ropa. Pero no tardaré mucho en volver.

ARNHOLM.—(*Sentándose al lado de Ellida.*) No se apresure usted, querido doctor. Su señora y yo ya nos arreglaremos para matar el tiempo.

WANGEL.—(*Guiñando el ojo.*) Sí; en eso confío. De modo que hasta luego. (*Se va por el jardín detrás de la casa.*)

ELLIDA.—(*Después de una pausa corta.*) ¿Verdad que se está bien aquí?

ARNHOLM.—A mí me parece que estoy muy bien.

ELLIDA.—Este cenador se llama mi cenador, pues yo he sido quien lo ha hecho construir. O, mejor dicho..., Wangel para mí.

ARNHOLM.—¿De modo que se sienta usted aquí con frecuencia?

ELLIDA.—Sí; aquí paso por lo menos el día.

ARNHOLM.—Con las niñas, ¿verdad?

ELLIDA.—No; las niñas... están arriba, en la terraza.

ARNHOLM.—¿Y Wangel?

ELLIDA.—¡Oh!, Wangel anda de acá para allá. Unas veces está conmigo y otras con las niñas.

ARNHOLM.—¿Es usted la que desea que las cosas estén así arregladas?

ELLIDA.—Me parece que todos lo encontramos mejor así. Además, desde aquí podemos hablarnos... cuando creemos que tenemos algo que decirnos.

ARNHOLM.—(*Después de un rato de meditación.*) Cuando yo crucé su camino por última vez..., allá en Skjoldvik, quiero decir..., ¡hum!..., hace ya mucho tiempo de eso.

ELLIDA.—Han pasado diez años desde entonces.

ARNHOLM.—Sí, poco más o menos. ¡Pero cuando la recuerdo a usted, allá en el faro!... La pagana, como decía el párroco, porque su padre le había dado a usted el nombre de un barco en vez de un nombre cristiano.

ELLIDA.—¿Qué entonces?

ARNHOLM.—En lo que menos hubiera yo pensado era en que iba a volver a verla a usted aquí como la señora de Wangel.

ELLIDA.—No; además, entonces no era Wangel todavía... Entonces vivía aún la primera madre de las muchachas, su verdadera madre...

ARNHOLM.—Sí, sí. Pero aun cuando no hubiera sido eso..., aunque él hubiera estado libre..., no hubiera yo podido pensar que pudiese suceder esto.

ELLIDA.—Yo tampoco. Nunca..., entonces.

ARNHOLM.—Wangel es tan simpático, tan honrado, tan verdaderamente bueno para todos...

ELLIDA.—(*Con calor.*) ¡Sí que lo es!

ARNHOLM.—Pero yo me figuro... que debe ser completamente distinto de usted.

ELLIDA.—En eso lleva usted razón. Lo es, en efecto.

ARNHOLM.—Y..., ¿y cómo fue posible? ¿Cómo se hizo?

ELLIDA.—Querido Arnholm, no me pregunte acerca de eso. No podría explicárselo. Y aunque pudiera hacerlo no entendería lo más mínimo.

ARNHOLM.—(*En voz baja.*) ¡Hum! ¿Le ha confiado usted a su marido algo con respecto a mí? Me refiero, naturalmente, a... aquel paso infructuoso que una vez di cerca de usted.

ELLIDA.—No. ¿Cómo puede usted dudarlo? Ni una sola palabra le he dicho de... eso a que usted alude.

ARNHOLM.—Me alegro mucho. Pues me sentía algo molesto con el pensamiento de que...

ELLIDA.—Puede usted estar tranquilo. No le he dicho más que lo que es verdad; que yo le tenía a usted en gran aprecio, y que usted había sido el mejor y más caro amigo que yo había tenido allá afuera.

ARNHOLM.—Muchas gracias. Pero dígame usted...: ¿por qué no quiso usted escribirme ni una sola vez después de mi marcha?

ELLIDA.—Pensaba que acaso le fuera a usted doloroso oír hablar de la que..., de la que no había podido ser tan condescendiente con usted como usted hubiera deseado. Me parecía que escribiendo iba a tocar de nuevo un punto doloroso.

ARNHOLM.—¡Hum!... ¡Hum!... Sí; en eso es posible que tuviera usted razón.

ELLIDA.—Pero y usted, ¿por qué no escribió nunca?

ARNHOLM.—(*La mira y se sonríe con aire de medio reproche.*) ¿Yo? ¿Había de empezar yo? ¿Exponerme a que se sospechase que quería volver

de nuevo? ¿Tras una respuesta negativa como la que había recibido de usted?

ELLIDA.—Sí; lo comprendo también... ¿Y no ha pensado usted después en otra?

ARNHOLM.—Nunca. Permanecí fiel a mis queridos recuerdos.

ELLIDA.—(*En tono de semiburla.*) ¡Oh, deje usted los viejos y tristes recuerdos! Me parece que sería mejor que usted pensara en hacerse un marido dichoso.

ARNHOLM.—Pero eso tendría que ser pronto, señora Wangel. No se olvide de que..., sea dicho para vergüenza mía..., he dejado ya atrás los treinta y siete.

ELLIDA.—Razón de más para apresurarse. (*Calla un momento y luego dice en tono serio y contenido*): Pero ahora oiga usted, querido Arnholm. Quiero decirle a usted algo que no hubiese confesado entonces, aunque me fuese en ello la vida.

ARNHOLM.—¿Qué es?

ELLIDA.—Cuando dio usted... aquel paso de que acaba de hablar, entonces no podía yo contestar de otro modo de como lo hice.

ARNHOLM.—Eso ya lo sé. Usted no podía tener para mí más que una buena amistad.

ELLIDA.—Pero no sabe usted que mis pensamientos estaban entonces en otra parte.

ARNHOLM.—¿Entonces?

ELLIDA.—¡Sí, entonces!...

ARNHOLM.—¡Pero eso es imposible! ¡Debe usted confundirse en el tiempo! Me parece que entonces apenas si conocía usted a Wangel.

ELLIDA.—Yo no he hablado de Wangel.

ARNHOLM.—¿De Wangel no? Pero en aquel tiempo..., allá en Skjoldvik..., no recuerdo una sola persona de la cual pudiera yo creer que pudiera infundirla a usted una inclinación...

ELLIDA.—Sí, lo creo. Porque la cosa fue tan insensata que casi era para volverse loca.

ARNHOLM.—Pero entonces cuéntemelo usted con más detalles.

ELLIDA.—Basta que sepa usted que entonces estaba comprometida. Y ahora ya lo sabe.

ARNHOLM.—¿Y si usted no hubiese estado comprometida?

ELLIDA.—¿Qué quiere usted decir?

ARNHOLM.—¿Hubiera sido otra su contestación a mi carta?

ELLIDA.—¿Cómo voy a saberlo? Cuando llegó Wangel fue otra.

ARNHOLM.—Entonces, ¿qué objeto tiene el contarme que estaba usted comprometida?

ELLIDA.—(*Se levanta intranquila y dolorida.*) Porque necesito poder confiarme a alguien. (*Arnholm hace ademán de levantarse.*) No, no; siga usted sentado.

ARNHOLM.—¿De modo que su marido no sabe nada de la cosa?

ELLIDA.—Le confesé al principio que mis pensamientos habían estado en otra parte. Él no quiso saber más, y desde entonces no hemos vuelto a hablar de ello. En sustancia no fue más que una locura. Y además desapareció pronto. Es decir..., ¡hasta cierto punto!

ARNHOLM.—(*Poniéndose en pie.*) ¿Solo hasta cierto punto? ¿Del todo no?

ELLIDA.—¡Sí, claro que sí! ¡Oh, Dios mío, Arnholm! No es nada de lo que usted se figura. Es algo completamente incomprensible. No sé cómo podría contarle. Iba usted a creer que estaba enferma, o que estaba loca.

ARNHOLM.—¡Querida señora!... Ahora sí que tiene usted que hablar con franqueza.

ELLIDA.—Sí, sí; procuraré hacerlo. Que va usted a pensar, como hombre razonable, a pensar... (*Mira hacia la izquierda y se interrumpe.*) Espere usted hasta luego. Parece que viene una visita.

(*Lyngstrand viene por el camino de la izquierda, y entra por la puerta central en el jardín. En el ojal lleva una flor, y en la mano un ramo envuelto*

con papel y atado con una cinta de seda. Queda parado y vacilante en la terraza.)

ELLIDA.—(*Saliendo del cenador.*) ¿Busca usted a las niñas, señor Lyngstrand?

LYNGSTRAND.—(*Volviéndose.*) ¡Ah! ¿Está usted ahí, señora? (*Acercándose.*) No a las señoritas; a usted misma, señora. Usted me ha permitido visitarla...

ELLIDA.—Sin duda. Usted nos es siempre bienvenido.

LYNGSTRAND.—Muchas gracias. Y puesto que hoy hay fiesta en la casa...

ELLIDA.—¡Ah! ¿Lo sabe usted?

LYNGSTRAND.—Sí, y por eso me tomo la libertad de rogarle que acepte esto. (*Se inclina y le ofrece el ramo.*)

ELLIDA.—(*Sonriendo.*) Pero, mi buen señor Lyngstrand, ¿no sería mejor que le ofreciese usted las flores al mismo señor profesor Arnholm? Pues propiamente él es el que...

LYNGSTRAND.—(*Mirándolos a entrambos perplejo.*) Perdone usted...; pero yo no tengo el gusto de conocer al señor. No es más que... Yo venía por el cumpleaños, señora Wangel.

ELLIDA.—¿Cumpleaños? Entonces se equivoca usted, señor Lyngstrand. En la casa no hay hoy ningún cumpleaños.

LYNGSTRAND.—(*Sonriendo con aire de inteligencia.*) Ya... me hago cargo. Pero no creía que hubiera de ser tan secreto.

ELLIDA.—¿Qué es lo que cree usted?

LYNGSTRAND.—Que usted celebra hoy su..., el aniversario de su nacimiento.

ELLIDA.—¿Yo?

ARNHOLM.—(*Mirándole interrogativamente.*) ¡Hoy! No, de veras que no.

ELLIDA.—(*A Lyngstrand.*) ¿Pero de dónde lo ha sacado usted?

LYNGSTRAND.—La señorita Hilde lo ha traicionado. Hace un momento pasé por aquí, y pregunté a las señoritas por qué adornaban esto con flores y banderas.

ELLIDA.—Y...

LYNGSTRAND.—Y la señorita Hilde me contestó: «Hoy celebramos el cumpleaños de mamá».

ELLIDA.—¡De mamá! ¡Ah!

ARNHOLM.—¡Ajá! (*Ellida y Arnholm se dirigen miradas de inteligencia.*) Pero, puesto que el señor lo sabe, señora Wangel...

ELLIDA.—(*A Lyngstrand.*) Sí, puesto que usted lo sabe...

LYNGSTRAND.—(*Tendiéndole el ramo.*) ¿Puedo, pues, felicitarla?

ELLIDA.—(*Cogiendo las flores.*) Mil gracias. ¿No quiere usted sentarse un momento, señor Lyngstrand? (*Se sientan los tres en el cenador.*) Esto de mi cumpleaños ha debido ser un secreto, señor Arnholm.

ARNHOLM.—Parece que sí. No era para nosotros, los no iniciados.

ELLIDA.—(*Poniendo el ramo sobre la mesa.*) Así es. No era para los no iniciados.

LYNGSTRAND.—Le aseguro que por mí no lo sabrá nadie.

ELLIDA.—¡Oh, no tanto!... ¿Pero cómo anda usted? Tiene usted mejor aspecto.

LYNGSTRAND.—Sí; creo que estoy muy bien. Y hasta el año que viene, en que acaso pueda irme allá a los países del sur...

ELLIDA.—Y, según las niñas, irá usted.

LYNGSTRAND.—Sí; tengo en Bergen una persona que me protege, y me ha prometido ayudarme para el año que viene.

ELLIDA.—¿Cómo hizo usted conocimiento con ella?

LYNGSTRAND.—Fue una casualidad muy afortunada. Navegué una vez en uno de sus barcos.

ELLIDA.—¿Ah, sí? ¿Es que tenía usted entonces afición a navegar?

LYNGSTRAND.—Ni la más mínima. Pero cuando murió mi madre, mi padre no quiso que me estuviese más en casa parado, y por eso me hizo navegar. En el viaje de vuelta naufragamos en el Canal de la Mancha, y ese fue el comienzo de mi suerte.

ELLIDA.—¿Cómo? Explíquese usted.

LYNGSTRAND.—Sí; en el naufragio fue donde cogí esta cosa...; quiero decir esto del pecho. ¡Estuve tanto tiempo en el agua helada antes de que me salvaran!... Y por eso tuve que dejar de navegar... Sí; fue una gran felicidad para mí.

ARNHOLM.—¿Cree usted eso?

LYNGSTRAND.—Claro, porque lo del pecho no es de cuidado. Y ahora puedo ser escultor, que era lo que yo de todo corazón ansiaba. ¡Figúrese usted; poder modelar con el barro mejor, y sentir con qué suavidad se va deslizando entre los dedos!

ELLIDA.—¿Y qué quiere usted modelar? ¿Sirenas y monstruos marinos, o antiguos guerreros?

LYNGSTRAND.—No; no creo que haga cosas semejantes. En lo que me sea posible, quiero probar con una obra grande. Un grupo, como se dice.

ELLIDA.—¿Y qué representaría ese grupo?

LYNGSTRAND.—¡Oh, sería algo que yo mismo he vivido!

ARNHOLM.—Sí, sí; lo mejor es que se decida usted a ello.

ELLIDA.—¿Pero qué es lo que va a ser?

LYNGSTRAND.—Yo había pensado en una mujer de un marinero, joven, que está tendida y duerme desasosegadamente. Y sueña además. Me parece que podré hacerlo de tal modo que se vea que sueña.

ARNHOLM.—¿No ha de haber más que esa figura?

LYNGSTRAND.—Otra además. La de su marido, a quien ella ha sido infiel mientras él navegaba. Y él se ha ahogado.

ARNHOLM.—¿Qué dice usted?

ELLIDA.—¿Él se ha ahogado?

LYNGSTRAND.—Sí, se ha ahogado en el mar. Y lo extraño es que, a pesar de eso, vuelve a casa. Es de noche, y él está al pie de su cama y la contempla. Debe aparecer completamente mojado, como si acabase de salir del agua.

ELLIDA.—(*Reclinándose en la silla.*) Es una cosa extraña. (*Cerrando los ojos.*) Y lo veo lleno de vida ante mí.

ARNHOLM.—¡Pero por vida de, señor..., señor...! Usted dijo que había de ser algo que usted había vivido.

LYNGSTRAND.—Sí, sí...; es que eso lo he vivido... en cierto modo.

ARNHOLM.—¿Visto que un muerto...?

LYNGSTRAND.—No; no quiero decir precisamente visto...; no le he visto materialmente. Pero sí...

ELLIDA.—¡Cuénteme usted todo lo que sepa y pueda! Quiero saberlo bien.

ARNHOLM.—(*Sonriendo.*) Esto le gustará a usted. Una cosa así, con ambiente marino.

ELLIDA.—Cuenta usted, señor Lyngstrand.

LYNGSTRAND.—Bien; la cosa fue así: al salir con el barco de una ciudad que se llama Halfaz, tuvimos que dejar allí, en el hospital, a un marinero. En su lugar tomamos un americano. Este nuevo marinero...

ELLIDA.—¿El americano?

LYNGSTRAND.—Sí... Un día le pidió al capitán un paquete de periódicos antiguos, en los que comenzó a leer sin descanso, pues decía que quería aprender noruego.

ELLIDA.—¿Y qué ocurrió?

LYNGSTRAND.—Una tarde se levantó una gran marejada. Todos los tripulantes estaban sobre cubierta, excepto el americano y yo; porque él se había lastimado un pie y no podía subir, y yo me sentía un poco mal y me había tendido en el camarote. Él estaba en el camarote de los marineros, y como de costumbre, leía sus viejos periódicos...

ELLIDA.—¡Sí, sí!...

LYNGSTRAND.—De pronto oigo que rompe a llorar. Le miro y veo que su cara está pálida como la cera. Al cabo de un momento comenzó a estrujar el periódico que estaba leyendo, y a morderlo y a rasgarlo en pedazos. Pero todo esto muy despacio, muy despacio.

ELLIDA.—¿Y qué? ¿No dijo nada?

LYNGSTRAND.—Por el momento, no. Pero enseguida exclamó como para sí mismo: «Casada con otro. Mientras yo estaba fuera».

ELLIDA.—(*Cierra los ojos y dice con voz queda*): ¿Dijo eso?

LYNGSTRAND.—Sí. Y figúrese usted: en noruego perfecto. El hombre debía tener una facilidad extraordinaria para aprender idiomas extranjeros.

ELLIDA.—¿Y luego? ¿Qué pasó después de eso?

LYNGSTRAND.—Ahora viene lo extraordinario, lo que yo no olvidaré jamás... Pues agregó, y también con voz muy queda: «Pero mía es y mía será. Y me seguirá, aunque tuviera que salir ahogado del mar para ir a buscarla».

ELLIDA.—(*Se sirve con mano temblorosa un vaso de agua.*) ¡Oh, qué calor más pesado hace hoy aquí!

LYNGSTRAND.—Y lo dijo con tal expresión de fuerza, que creo que era hombre capaz de ello.

ELLIDA.—¿Sabe usted acaso... qué es lo que ha sido del hombre aquel?

LYNGSTRAND.—¡Ah, señora Wangel, seguramente no vive ya!

ELLIDA.—(*Rápidamente.*) ¿Por qué lo cree usted?

LYNGSTRAND.—Después de lo que he contado fue cuando naufragamos en el Canal. Yo estaba en el bote grande con el capitán y otros cinco tripulantes. En el otro bote iba el piloto, y con él el americano y otro marinero.

ELLIDA.—¿Y no se ha vuelto a saber más de ellos?

LYNGSTRAND.—Nunca; ni lo más mínimo. Mi protector me lo escribió hace poco. Pero precisamente por eso tendría tanto placer en hacer de ello una obra de arte. ¡Veó tan distintamente a la mujer infiel! Y luego al

vengador, que se ha ahogado y sale del mar. ¡Los veo a los dos tan claramente!...

ELLIDA.—Yo también. (*Levantándose.*) Venga usted...; vámonos adentro. O mejor, abajo con Wangel. Aquí hay una atmósfera tan pesada... (*Sale del cenador.*)

LYNGSTRAND.—A mí tiene usted que dispensarme. No quería más que hacer una visita corta para felicitarla por sus cumpleaños.

ELLIDA.—Como usted guste. (*Dándole la mano.*) Usted siga bien, y muchas gracias por las flores. (*Lyngstrand saluda y se va por la puerta del jardín hacia la izquierda.*)

ARNHOLM.—(*Levantándose y yendo hacia Ellida.*) Ya veo que le ha hecho a usted una impresión profunda, querida señora.

ELLIDA.—¡Oh!, puede usted creerlo así, aunque...

ARNHOLM.—Pero, en resumen, a eso ya debía usted estar preparada.

ELLIDA.—(*Sorprendida y mirándole.*) ¿Preparada?

ARNHOLM.—Me parece que sí.

ELLIDA.—¿Preparada a que uno vuelva? ¿A que vuelva de ese modo?...

ARNHOLM.—¡Pero, por Dios, señora! Es ese loco del escultor con su historia...

ELLIDA.—Querido Arnholm, acaso no sea tan loco.

ARNHOLM.—¿De modo que es esa historia del hombre muerto lo que la ha impresionado a usted? Y yo que creía que...

ELLIDA.—¿Qué es lo que usted creía?

ARNHOLM.—Creía naturalmente que eso no era más que una máscara. Que la dolía a usted el saber que se celebra aquí en la casa en secreto una fiesta de familia. Que su marido y sus hijas tienen una vida de recuerdos, en la que usted no puede participar.

ELLIDA.—¡Oh, no, no! De eso que sea lo que quiera. Yo no tengo derecho a conservar a mi marido exclusivamente para mí.

ARNHOLM.—Yo, sin embargo, creería que lo tenía usted.

ELLIDA.—Sí, pero no lo tengo. Esa es la cosa. Yo misma vivo también en algo de lo que los demás están excluidos.

ARNHOLM.—¡Usted! (*Bajando la voz.*) ¿Debo entender eso?... Usted..., usted no ama a su marido.

ELLIDA.—¡Oh, sí, sí! He aprendido a amarle con toda mi alma. ¡Y por eso es tan horrible..., tan incomprensible!

ARNHOLM.—Tiene usted que confiarme sus pesares. ¿No quiere usted hacerlo?

ELLIDA.—No puedo, querido amigo. Por lo menos ahora, no. Acaso más tarde.

(*Bolette sale de la casa a la terraza y baja al jardín.*)

BOLETTE.—Papá viene ahora del despacho. ¿No será mejor que nos vayamos todos al cuarto del jardín?

ELLIDA.—Sí, vamos allá.

WANGEL.—(*Ha cambiado de ropa; viene con Hilde por la izquierda, de detrás de la casa.*) ¡Ajá! Aquí estoy ya libre. Ahora estará bien tomar un vaso con algo refrigerante.

ELLIDA.—Espera un momento. (*Entra en el cenador y saca el ramo de flores.*)

HILDE.—¡Ah, mirad! ¡Qué flores más bonitas! ¿De dónde las has sacado?

ELLIDA.—Me las ha regalado Lyngstrand el escultor, querida Hilde.

HILDE.—(*Confusa.*) ¿Lyngstrand?

BOLETTE.—(*Intranquila.*) ¿Ha estado aquí Lyngstrand... otra vez?

ELLIDA.—(*Sonriendo a medias.*) Sí; vino a traerme esto. Con motivo del cumpleaños, ¿sabes?

BOLETTE.—(*Mirando de soslayo a Hilde.*) ¡Oh!

HILDE.—(*Murmurando.*) ¡El majadero!

WANGEL.—(*En penosa confusión, a Ellida.*) Oye... Mira... Voy a explicarte, mi querida Ellida...

ELLIDA.—(*Interrumpiéndole.*) ¡Bien; vamos, pues! Pondré las flores en agua con las otras. (*Se va hacia la terraza. Wangel la sigue lentamente.*)

BOLETTE.—(*A Hilde.*) ¡Pues mira, en el fondo es buena!

HILDE.—(*A media voz; la mira encolerizada.*) ¡Bah! ¡Pura comedia! No lo hace más que para congraciarse con papá.

WANGEL.—(*En la terraza, apretando la mano de Ellida.*) ¡Gracias..., gracias! ¡Gracias de corazón por lo que has hecho!

ELLIDA.—(*Ocupada con las flores.*) ¡Bah! ¿Es que no puedo yo ayudar y arreglar las cosas... para el cumpleaños de mamá?

ARNHOLM.—(*Sube hacia ellos.*) ¡Hum!

(*Bolette e Hilde se quedan en el jardín.*)

ACTO SEGUNDO

Arriba, en el Miradero, una meseta con arboleda, situada a espaldas de la ciudad. Hacia atrás hay una torre, y a su alrededor y en el primer término grandes piedras, arregladas como asientos. Al fondo se ve el fjord exterior con islas y lenguas de tierra salientes. La vista no alcanza al mar abierto. Noche de verano, a media luz. En el aire y sobre las cimas de las rocas lejanas, una claridad amarillo-rojiza. A la derecha se oyen débilmente los ecos de un canto a cuatro voces. Jóvenes de la ciudad. De la derecha suben en parejas muchachos y muchachas, pasan conversando íntimamente por delante de la torre y se van por la izquierda. Al poco tiempo viene, también por la derecha, Ballested como guía de una sociedad de turistas extranjeros, con sus señoras. Ballested va cargado de pañuelos y bolsas de viaje.

BALLESTED.—(*Señalando hacia arriba con el bastón.*) *Do you see, ladies and gentlemen...* Allá detrás hay todavía otra *hauteur*. Vamos a subir a ella, y *down again...* (*Sigue hablando en francés y se lleva a la caravana por la izquierda.*)

(Hilde sube corriendo por la derecha, se para y mira hacia atrás. Bolette viene inmediatamente por el mismo camino.)

BOLETTE.—Pero, querida, ¿por qué hemos corrido de Lyngstrand?

HILDE.—Porque no puedo resistir subir tan despacio. Mira, mira cómo se arrastra.

BOLETTE.—¿Pero no sabes que está enfermo?

HILDE.—¿Crees que es de cuidado?

BOLETTE.—Sí lo creo.

HILDE.—Ha estado a ver a papá después de comer. Me gustaría saber lo que le parece.

BOLETTE.—Papá me dijo que era no sé qué cosa del pulmón... Que no podía llegar a viejo.

HILDE.—¿De veras ha dicho eso? Exactamente lo mismo he pensado yo.

BOLETTE.—¡Pero, por Dios, que no le hagas notar nada!

HILDE.—¿Pero tú qué crees? (*A media voz.*) Vamos, por fin ha conseguido Hans arrastrarse hacia arriba. ¡Hans!... ¿Verdad que se le nota que se llama Hans?

BOLETTE.—(*En voz baja.*) Compórtate como debes, te lo aconsejo.

(*Lyngstrand llega con una sombrilla en la mano.*)

LYNGSTRAND.—Tengo que rogarles que me perdonen por no haber podido correr tanto como ustedes.

HILDE.—¿Qué tiene usted, una sombrilla?

LYNGSTRAND.—Es de su madre de ustedes. Se empeñó en que había de utilizarla como bastón, porque yo no traía ninguno conmigo.

BOLETTE.—¿Están abajo todavía papá y los demás?

LYNGSTRAND.—Sí; su papá entró un poco en el café. Y los otros están fuera sentados y oyen la música. Pero su mamá ha dicho que después vendrían también.

HILDE.—(*Que está en pie y le contempla.*) ¿Usted estará ahora terriblemente cansado?

LYNGSTRAND.—Sí; casi creo que estoy algo cansado. Creo que debo sentarme un poco. (*Se sienta en una piedra en el primer término de la derecha.*)

HILDE.—(*Está de pie delante de él.*) ¿Sabe usted que después habrá baile en el paseo?

LYNGSTRAND.—Sí, oí que se hablaba de eso.

HILDE.—¿A usted le gustará, de seguro, bailar?

BOLETTE.—(*Que coge flores en el campo.*) Pero Hilde..., déjale respirar primero.

LYNGSTRAND.—Sí, señorita; me gustaría bailar... si supiese...

HILDE.—¿No ha aprendido usted a bailar?

LYNGSTRAND.—Eso también; pero no era eso lo que quería decir. Quería decir que no podía por esto del pecho.

HILDE.—¿Por eso que usted tiene en el pecho?

LYNGSTRAND.—Sí.

HILDE.—¿Está usted muy triste porque tiene eso en el pecho?

LYNGSTRAND.—No, de ningún modo. (*Sonriendo.*) Además, de eso depende, creo yo, que las gentes sean tan amables y tan buenas para mí.

HILDE.—Sí, y luego no hay peligro alguno.

LYNGSTRAND.—No, absolutamente ninguno. Así se lo he entendido bien claro a su padre.

HILDE.—Y además, de seguro pasará cuando sea usted mayor.

LYNGSTRAND.—Sí, entonces pasará, de seguro.

BOLETTE.—(*Con flores.*) Señor Lyngstrand..., esta flor tiene usted que ponérsela en el ojal.

LYNGSTRAND.—¡Ah, muchas gracias, señorita! Es muy amable de parte de usted...

HILDE.—(*Mirando hacia abajo, por la derecha.*) Allá abajo por el camino vienen ya.

BOLETTE.—(*Mirando hacia abajo también.*) Si supieran por dónde tenían que torcer... No; van equivocados.

LYNGSTRAND.—(*Levantándose.*) Voy a bajar a llamarlos.

HILDE.—Entonces tiene usted que gritar muy alto.

BOLETTE.—No, no vale la pena. Se volverá usted a cansar.

LYNGSTRAND.—¡Oh!, cuesta abajo se va muy bien. (*Baja por la derecha.*)

HILDE.—Sí, cuesta abajo, sí. (*Siguiéndole con la vista.*) ¡Y hasta salta y todo! No se fija en que luego tiene que volver a subir.

BOLETTE.—¡Pobre hombre!

HILDE.—Oye: ¿si Lyngstrand te pretendiera, le aceptarías?

BOLETTE.—¿Te has vuelto loca?

HILDE.—Claro que si no tuviera eso del pecho. Y si no tuviera que morir pronto. ¿Le aceptarías entonces?

BOLETTE.—Me parece que lo mejor sería que te quedases tú con él.

HILDE.—No; eso sí que no lo haría. Si no tiene nada. Ni siquiera para vivir de ello.

BOLETTE.—Entonces, ¿por qué estás tan amable con él siempre?

HILDE.—Eso lo hago por lo del pecho.

BOLETTE.—No he notado ni en lo más mínimo que le compadecieras por eso.

HILDE.—Y no le compadezco. Pero me resulta tan divertido...

BOLETTE.—¿El qué?

HILDE.—Hacerle hablar de que no está enfermo de cuidado. Y de que quiere ir al extranjero y hacerse artista. Todo se lo cree, y está tan satisfecho de ello. Y nada de eso ocurrirá jamás, porque no llegará a vivir tanto tiempo. El pensar en eso me parece interesante.

BOLETTE.—¡Interesante!

HILDE.—Sí, yo pienso que es interesante; me permito pensar eso.

BOLETTE.—¡Uf, Hilde! ¡Eres un mal bicho!

HILDE.—Y quiero serlo. (*Mira hacia abajo.*) ¡Por fin! A Arnholm no le gusta, de seguro, subir a las montañas. (*Volviéndose.*) Oye: ¿sabes lo que noté hoy a la comida en Arnholm?

BOLETTE.—¿Qué?

HILDE.—¡Figúrate!... Comienza a quedarse sin pelo..., aquí, en medio de la cabeza.

BOLETTE.—¡Eso no es verdad, de seguro!

HILDE.—Que sí. Y además tiene arrugas aquí, en los dos ojos. ¡No, Bolette; que tú hayas estado tan enamorada de él cuando te daba lecciones!

BOLETTE.—(*Sonriendo.*) ¿Verdad que parece absurdo? Recuerdo que una vez lloré a lágrima tendida porque había dicho que Bolette era un nombre feo.

HILDE.—¡Es gracioso! (*Yendo hacia abajo.*) Oye: ¿no quieres venir un poco a ver lo que hacen? Ahora está hablando con él la dama del mar. Con él, no con papá... Quisiera saber si no simpatizarán los dos.

BOLETTE.—Debías avergonzarte, sí; debías avergonzarte. ¿Cómo puedes decir semejantes cosas de ella? ¡Habíamos quedado tan bien todos!...

HILDE.—Claro. ¡Sí, sí, hazte ilusiones! ¡Oh, no; entre ella y nosotras no podrá haber nunca paz! Porque ella no pega con nosotras..., ni nosotras con ella. ¡No sé por qué se le ocurrió a papá traerla a casa!... No me extrañaría si un buen día se nos volviera loca.

BOLETTE.—¡Loca! ¿Cómo se te ocurre eso?

HILDE.—¡Bah! No sería tan raro. Su madre se puso loca también. Murió loca. Lo sé muy bien.

BOLETTE.—¿Sí? ¿Dónde no habrás metido tú la nariz? Pero haz el favor de no hablar de esas cosas. Hazlo... por papá. ¿Oyes, Hilde?

(*Wangel, Ellida, Arnholm y Lyngstrand vienen por la derecha.*)

ELLIDA.—(*Señalando hacia el fondo.*) Por allá está.

ARNHOLM.—Sí, sin duda; en esa dirección tiene que estar.

ELLIDA.—Por allí está.

BOLETTE.—(*A Arnholm.*) ¿No le parece muy hermoso esto?

ARNHOLM.—Me parece admirable. Una vista magnífica.

WANGEL.—Es verdad. ¿Antes no habría usted subido aquí?

ARNHOLM.—No, nunca. En mis tiempos estaba esto impracticable. Ni un mal sendero había.

WANGEL.—Ni tampoco estaban los jardines. Todo eso se ha hecho en los últimos años.

BOLETTE.—Y allá arriba es todavía más hermosa la vista.

WANGEL.—¿Quieres que subamos, Ellida?

ELLIDA.—(*Señalando hacia una piedra a la derecha.*) No, gracias. Yo no. Pero id vosotros. Yo os aguardaré aquí sentada.

WANGEL.—Entonces me quedo contigo. Las niñas se encargarán de enseñárselo todo a Arnholm.

BOLETTE.—¿Quiere usted venir con nosotras, señor Arnholm?

ARNHOLM.—Con mucho gusto. ¿Pero hay un camino para subir allá arriba?

BOLETTE.—Ya lo creo; un camino muy bueno y muy ancho.

HILDE.—El camino es tan ancho, que pueden ir por él perfectamente dos personas del brazo.

ARNHOLM.—(*Bromeando.*) ¿Cree usted eso de veras, señorita Hilde? (*A Bolette.*) ¿Quiere usted que probemos nosotros dos a ver si es verdad lo que dice?

BOLETTE.—(*Conteniendo una sonrisa.*) Por mi parte...

HILDE.—(*A Lyngstrand.*) ¿Vamos también nosotros?

LYNGSTRAND.—¿Del brazo?

HILDE.—¿Por qué no? Por mí, no hay inconveniente.

LYNGSTRAND.—(*La coge del brazo y se ríe satisfecho.*) ¡Tiene mucha gracia esto!

HILDE.—¿Gracia?

LYNGSTRAND.—Sí, porque parece como si fuésemos dos prometidos.

HILDE.—¿Usted no ha dado nunca el brazo a una señorita, señor Lyngstrand?

(*Se van por la izquierda.*)

WANGEL.—Ahora tenemos unos momentos para nosotros, querida Ellida.

ELLIDA.—Sí; ven y siéntate a mi lado.

WANGEL.—(*Sentándose junto a ella.*) Aquí se está tranquilo y bien. Vamos a hablar un poco.

ELLIDA.—¿De qué?

WANGEL.—De ti. Y luego de nuestra situación. Bien veo que las cosas no pueden seguir así.

ELLIDA.—¿Qué crees tú que debiera pasar?

WANGEL.—Que volviera la confianza plena. Una verdadera vida común..., como antes.

ELLIDA.—¡Oh, si eso pudiera ser! ¡Pero es tan imposible!

WANGEL.—Me parece que te entiendo. Por ciertas palabras que aquí y allá has dejado caer, me parece que he comprendido lo que piensas.

ELLIDA.—(*Con violencia.*) ¡No es verdad! ¡No digas que comprendes!...

WANGEL.—Sin embargo, tú tienes una naturaleza noble. Eres leal...

ELLIDA.—Eso sí.

WANGEL.—Para que tú te sientas dichosa y a tu gusto en tu situación frente a mí, ha de ser una situación franca y completa.

ELLIDA.—(*Le mira interesada.*) Y... ¿qué?

WANGEL.—Tú no eres a propósito para ser la segunda esposa de un hombre.

ELLIDA.—¿Cómo se te ha ocurrido eso?

WANGEL.—A menudo he tenido como un presentimiento de ello. Hoy lo he visto claro. La fiesta de las niñas... Tú ves en mí como una especie de cómplice... Claro..., los recuerdos de un hombre no pueden borrarse... Por lo menos los míos. Yo no soy así.

ELLIDA.— Ya lo sé. Lo sé perfectamente.

WANGEL.— Pero te equivocas al mismo tiempo. Te parece como si la madre de las niñas viviese todavía; como si anduviera invisible por entre nosotros. Crees que mi alma está repartida entre ella y tú. El pensar eso es lo que te indigna. Te parece que en nuestra unión hay algo de inmoral. Por eso no puedes..., no quieres seguir viviendo conmigo como mi esposa.

ELLIDA.— (*Poniéndose en pie.*) ¿Todo eso lo has visto, Wangel? ¿Has penetrado todo eso?

WANGEL.— Sí; hoy, por fin, he visto hasta en lo más íntimo, hasta el fondo.

ELLIDA.— ¿Hasta el fondo dices? ¡Oh, no lo creas!

WANGEL.— (*Levantándose también.*) Ya sé perfectamente que hay algo más que eso, querida Ellida.

ELLIDA.— (*Asustada.*) ¿Sabes que hay algo más?

WANGEL.— Sí; es que no puedes soportar este paisaje. Las rocas pesan sobre tu ánimo y lo oprimen. No encuentras claridad bastante. El horizonte te parece pequeño. El aire no tiene bastante fuerza y bastante poder.

ELLIDA.— En eso tienes razón completa. Día y noche vive en mí esa nostalgia invencible hacia el mar abierto.

WANGEL.— Lo sé, querida Ellida. (*Poniendo su mano sobre su cabeza.*) Y por eso la pobre niña enferma debe volver a los suyos.

ELLIDA.— ¿Qué quieres decir?

WANGEL.— Es muy sencillo. Nos vamos de aquí.

ELLIDA.— ¿Irnos de aquí?

WANGEL.— A cualquier parte junto al mar...; a un sitio donde puedas encontrar un hogar según tu gusto.

ELLIDA.— ¡Oh, amigo mío; no pienses en eso! Eso es imposible. Tú no puedes vivir dichoso más que aquí.

WANGEL.— Que sea lo que Dios quiera. Y además, ¿crees tú que puedo yo ser dichoso aquí... sin ti?

ELLIDA.—Pero yo estoy aquí, y aquí sigo. Ya me tienes.

WANGEL.—¿Te tengo realmente, Ellida?

ELLIDA.—¡Oh, no hables de lo otro! Aquí tienes todo aquello por lo que vives y respiras. Toda tu actividad está aquí concentrada.

WANGEL.—De eso sea lo que Dios quiera; ya te lo he dicho. Pero vayámonos de aquí. Lejos, a cualquier parte. La cosa está ya decidida, querida Ellida.

ELLIDA.—¿Pero qué crees tú que íbamos a salir ganando con eso?

WANGEL.—Tú recobrarías salud y paz.

ELLIDA.—Apenas eso. Pero ¿y tú? Piensa también en ti mismo. ¿Qué ganarías tú?

WANGEL.—Yo te recobraría a ti, querida mía.

ELLIDA.—¡Pero eso no puede ser! ¡No, no puede ser, Wangel! Eso es precisamente lo terrible, lo desesperante.

WANGEL.—Es preciso intentarlo. Si aquí te atormentas con tales pensamientos, no habrá otra salvación más que... ¡fuera de aquí! Y eso, cuanto antes mejor. La cosa está incommoviblemente decidida; ¿oyes?

ELLIDA.—¡No! En ese caso prefiero confesártelo todo francamente.

WANGEL.—Sí, sí. Hazlo.

ELLIDA.—Pues por mi causa no quiero que te hagas desgraciado. Tanto más cuanto que para nada ha de servir.

WANGEL.—Me has dado palabra de decírmelo todo francamente.

ELLIDA.—Te lo diré lo mejor que pueda. Y como a mí misma me parece que lo sé... Ven, siéntate a mi lado. (*Se sientan sobre la piedra.*)

WANGEL.—De modo, Ellida, que...

ELLIDA.—En el día aquel que viniste a verme y me preguntaste si podía y quería ser tuya..., me hablaste leal y honradamente de tu primer matrimonio. Me dijiste que había sido tan feliz...

WANGEL.—Y lo fue.

ELLIDA.—No; si lo creo, querido. No es por eso por lo que hablo de ello ahora. Solo quiero recordarte que yo también, por mi parte, fui leal contigo. Te dije que había querido a otro; que la cosa había llegado a una especie de desposorio entre nosotros.

WANGEL.—¿Una especie?

ELLIDA.—Sí, algo semejante. La cosa duró muy poco tiempo. Él se fue. Y luego yo puse fin a aquellas relaciones. Todo esto te dije.

WANGEL.—Pero, querida, ¿por qué recuerdas ahora todo eso? En el fondo, no me importaba nada. Y ni siquiera te pregunté quién había sido.

ELLIDA.—No, no me lo preguntaste. Siempre has sido considerado para conmigo.

WANGEL.—(*Sonriendo.*) ¡Oh, en ese caso!... Yo podía decirme a mí mismo, poco más o menos, el nombre.

ELLIDA.—¿El nombre?

WANGEL.—Allá en Skjoldvik y en los alrededores no había muchos entre los cuales hubiese que adivinar; o, mejor dicho, no había más que uno...

ELLIDA.—¿A que crees que... Arnholm ha sido...?

WANGEL.—Sí. ¿Es que no era él?

ELLIDA.—No.

WANGEL.—¿No era él? Entonces no puedo adivinar...

ELLIDA.—¿Puedes acordarte de que una vez, ya muy avanzado el otoño, entró en Skjoldvik un barco americano que tenía averías?

WANGEL.—Me acuerdo muy bien. A bordo de él fue donde se encontró al capitán asesinado en su camarote. Yo mismo practiqué la inspección del cadáver...

ELLIDA.—Es verdad que fuiste tú.

WANGEL.—Se suponía que le había matado el segundo timonel.

ELLIDA.—Eso no puede asegurarlo nadie, pues no llegó nunca a averiguarse.

WANGEL.—Sin embargo, no cabía ninguna duda de ello. ¿Por qué, si no, se arrojó al mar y se ahogó, como lo hizo?

ELLIDA.—No se ahogó. Se fue con una expedición al polo norte.

WANGEL.—(*Sorprendido.*) ¿Cómo sabes tú eso?

ELLIDA.—Wangel..., aquel hombre... fue con el que yo me había prometido.

WANGEL.—(*Dando un salto.*) ¿Qué es lo que dices? ¿Cómo puede ser eso posible?

ELLIDA.—Pues así es. Con él fue.

WANGEL.—¡Pero, por todos los santos, Ellida!... ¿Cómo pudiste hacer eso? ¡Prometerte con un hombre semejante! ¡Con un desconocido!... ¿Cómo se llamaba?

ELLIDA.—Entonces decía que se llamaba Friman. Más tarde, en las cartas firmaba Alfredo Johnston.

WANGEL.—¿Y de dónde era?

ELLIDA.—Decía que había nacido en Finlandia. Cuando era niño había emigrado..., creo que con su padre.

WANGEL.—¿Qué más sabes de él?

ELLIDA.—Nada más sino que había empezado a navegar desde muy joven, y que había hecho muchos viajes.

WANGEL.—¿Y nada más?

ELLIDA.—No. Nunca hablábamos de esas cosas.

WANGEL.—¿De qué hablabais, pues?

ELLIDA.—Generalmente del mar.

WANGEL.—¡Ah!... De modo que del mar...

ELLIDA.—De las tormentas y de los días de calma; de las noches oscuras mar adentro. A veces también del mar en días de sol brillante. Pero de lo que más hablábamos era de las ballenas y los delfines que allá afuera salen al calor del mediodía. Y luego hablábamos de las gaviotas y de las águilas de mar y de todas las aves marinas... ¡No es extraño!... Figúrate: cuando

hablábamos de esas cosas me parecía que los animales marinos estaban emparentados con él.

WANGEL.—¿Y tú?

ELLIDA.—A mí me parecía como si estuviese emparentada con todos ellos.

WANGEL.—Sí, sí... ¿Y entonces te prometiste con él?

ELLIDA.—Sí; él me dijo que tenía que hacerlo.

WANGEL.—¿Que tenías?... ¿Es que en ti no había voluntad?

ELLIDA.—Cuando él estaba a mi lado, no. ¡Oh, ahora me parece incomprensible!

WANGEL.—¿Estuviste con él muchas veces?

ELLIDA.—No, no muchas. Un día estaba mirando el faro, y así le conocí. Y luego nos encontramos de cuando en cuando. Pero en esto ocurrió lo del capitán, y tuvo que marcharse.

WANGEL.—¡Cuéntame, cuéntame eso!

ELLIDA.—Era muy temprano, al amanecer; en esto recibí un papel suyo, y en él me escribía que fuese al Martillo...; ya sabes, la punta entre el faro y el pueblo.

WANGEL.—Sí, la conozco muy bien.

ELLIDA.—Tenía que ir enseguida, porque quería hablar conmigo.

WANGEL.—¿Y fuiste?

ELLIDA.—Sí; no podía hacer otra cosa. Entonces me contó que durante la noche había matado al capitán.

WANGEL.—¿Lo dijo él mismo? ¿Lo dijo así, francamente?

ELLIDA.—Sí. Pero decía que no había hecho más que lo que era justo.

WANGEL.—¿Lo que era justo? ¿Pues por qué le mató?

ELLIDA.—No quiso decirlo. Decía que no era propio para mis oídos.

WANGEL.—¿Y tú le creíste por su palabra?

ELLIDA.—Sí; no se me ocurrió que pudiera ser de otro modo. Pero de todas formas tenía que marcharse. Mas al ir a decirme adiós... No, no puedes figurarte lo que se le ocurrió... Sacó del bolsillo un llavero, y luego se quitó un anillo que llevaba en su mano. A mí me quitó un anillito que yo acostumbraba a llevar. Cogió los dos anillos y los metió en el llavero, y dijo que el mar tenía que casarnos.

WANGEL.—¿Casaros?

ELLIDA.—Sí, así dijo, y con toda su fuerza arrojó al fondo el llavero.

WANGEL.—¿Y tú, Ellida, tú consentiste?

ELLIDA.—Sí... Yo pensaba entonces que era necesario...; pero, a Dios gracias..., enseguida se fue.

WANGEL.—¿Y una vez que por fortuna se había marchado...?

ELLIDA.—Ya puedes figurarte que recobré enseguida el sentido y comprendí qué absurdo y qué loco había sido todo ello.

WANGEL.—Pero tú hablabas antes de cartas. ¿Has sabido de él después?

ELLIDA.—Sí, he sabido de él. Primero recibí un par de líneas desde Arángel. No decía más que pensaba irse a América, y a continuación me decía adónde debía contestarle.

WANGEL.—¿Contestaste?

ELLIDA.—Enseguida. Le dije, naturalmente, que todo había terminado entre nosotros. Y que no volviera a pensar en mí, del mismo modo que yo no volvería a pensar en él.

WANGEL.—¿Y a pesar de eso volvió a escribir?

ELLIDA.—Sí, volvió a escribir.

WANGEL.—¿Y qué contestó a lo que tú le habías dicho?

ELLIDA.—A eso nada. Como si no hubiera roto con él. Me decía muy tranquilamente que le esperase. Cuando pudiera recibirme me lo haría saber, y yo me pondría en camino inmediatamente.

WANGEL.—¿De modo que no quería devolverte tu libertad?

ELLIDA.—No. Volví a escribirle. Casi literalmente como la primera vez, o con más dureza.

WANGEL.—¿Y entonces se resignó?

ELLIDA.—¡Oh, no lo creas! Escribió con la misma tranquilidad que la primera vez. Ni una alusión a lo de que yo hubiera roto con él. Entonces comprendí que era inútil, y no volví a escribirle.

WANGEL.—¿Ni volviste a saber de él?

ELLIDA.—Sí; después de aquello recibí todavía otras tres cartas suyas. Una de California y otra de China. La tercera estaba escrita en Australia. Decía que iba a ir a las minas de oro. Pero desde entonces no ha vuelto a hacer saber de sí.

WANGEL.—Ese hombre ha poseído un poder extraordinario sobre ti, Ellida.

ELLIDA.—¡Ah, sí; el hombre terrible!...

WANGEL.—Pero no debes pensar más en ello. ¡Nunca más! ¡Prométemelo, Ellida mía querida! Vamos a probar otro tratamiento contigo. Un aire más fresco que este del *ffjord*. El aire fuerte del mar. ¿Qué te parece de eso?

ELLIDA.—¡Ah, no hables de eso! No pienses en esas cosas. Eso no me serviría de nada. Lo veo muy claro..., y allá afuera no podré tampoco echarlo de mí.

WANGEL.—¿El qué?... ¿Qué es lo que quieres decir?

ELLIDA.—Esa cosa terrible. Ese poder sobre mí.

WANGEL.—Pero si lo has echado ya. Hace mucho tiempo ya. Cuando rompiste con él. Eso ya ha pasado ahora.

ELLIDA.—(*Poniéndose en pie.*) ¡No, no ha pasado!

WANGEL.—¿No ha pasado?

ELLIDA.—¡No, Wangel, no ha pasado! Y temo que no pasará nunca. ¡Nunca, mientras viva!

WANGEL.—(*Con voz ahogada.*) ¿Quieres decir con eso que en lo más íntimo no has podido nunca olvidar a ese hombre?

ELLIDA.—Lo había olvidado. Pero de pronto ha sido como si retornase.

WANGEL.—¿Cuánto tiempo hace de eso?

ELLIDA.—Hace unos tres años o más. Era en el tiempo en que yo esperaba al niño.

WANGEL.—¡Ah! ¿Entonces?... Ahora empiezo a explicarme muchas cosas.

ELLIDA.—¡Te equivocas, querido! Aquello que vino sobre mí... ¡Ah, creo que no podré explicarlo nunca!

WANGEL.—(*Mirándola dolorido.*) ¡Pensar que durante tres años has vivido en el amor a otro hombre!... ¡A otro! ¡No a mí..., sino a otro!

ELLIDA.—¡Te equivocas! Yo no tengo amor para nadie más que para ti.

WANGEL.—(*Con voz queda.*) Entonces, ¿por qué no has querido en todo ese tiempo vivir conmigo como esposa?

ELLIDA.—Por miedo a ese hombre.

WANGEL.—¿Miedo?

ELLIDA.—Sí, miedo. Un miedo tan espantoso como solo el mar puede producirlo, y ahora vas a saber... (*Los muchachos y muchachas de la ciudad vuelven por la izquierda, pasan por delante de ellos, saludan y se van por la derecha. Con ellos vienen Arnholm, Bolette, Hilde y Lyngstrand.*)

BOLETTE.—(*Al pasar.*) Qué, ¿estáis todavía aquí arriba?

ELLIDA.—Sí. ¡Se está tan bien y tan fresco!...

ARNHOLM.—Nosotros nos vamos abajo a bailar.

WANGEL.—Bien, bien; nosotros iremos también enseguida.

HILDE.—Entonces hasta luego.

(*Arnholm, Bolette e Hilde se van por la derecha.*)

ELLIDA.—Señor Lyngstrand... ¡Oh, tenga usted la bondad de esperar un momento! (*Lyngstrand se para.*) ¿Quiere usted también bailar?

LYNGSTRAND.—No, señora Wangel. Creo que no me conviene.

ELLIDA.—No; debe ser usted prudente. Eso del pecho...; todavía no está usted del todo bien.

LYNGSTRAND.—No del todo, no.

ELLIDA.—(*Un poco insegura.*) ¿Cuánto tiempo hará de aquel viaje?

LYNGSTRAND.—¿El viaje en que me ocurrió esto del pecho?

ELLIDA.—Sí; el viaje de que usted hablaba esta mañana.

LYNGSTRAND.—¡Oh! Hará aproximadamente..., aguarde usted... Sí..., unos tres años.

ELLIDA.—¿De modo que tres años?

LYNGSTRAND.—O algo más. Salimos de América en febrero, y el naufragio ocurrió en marzo. Caímos en las tormentas.

ELLIDA.—(*Mirando a Wangel.*) En ese tiempo era...

WANGEL.—Pero, querida Ellida...

ELLIDA.—Pero no se detenga usted, señor Lyngstrand. Vaya usted. Pero no baile usted.

LYNGSTRAND.—No, no haré más que mirar. (*Se va por la derecha.*)

WANGEL.—¿Por qué le preguntaste por el viaje?

ELLIDA.—Johnston iba también a bordo. Estoy segura de ello.

WANGEL.—¿De dónde deduces eso?

ELLIDA.—(*Sin contestar.*) Ha sabido a bordo que yo me había casado con otro mientras él estaba fuera. Y... en el mismo momento vino sobre mí...

WANGEL.—¿Ese miedo?

ELLIDA.—De pronto parece que le veo delante de mí; o, mejor dicho, a mi lado. No me mira nunca. Está allí quieto.

WANGEL.—¿En qué figura le ves?

ELLIDA.—Como le vi por última vez.

WANGEL.—¿Hace diez años?

ELLIDA.—Sí; allá afuera, en el Martillo. Lo que más claramente veo es su alfiler de corbata con una perla azul clara. La perla parece un ojo muerto de pez.

WANGEL.—¡Ellida!... ¡Estás más enferma de lo que yo creía! Más de lo que tú misma crees, Ellida.

ELLIDA.—¡Sí, sí, ayúdame si puedes! Porque cada vez me siento más agobiada.

WANGEL.—¿Y has estado durante tres años en un estado semejante? ¿Has arrastrado contigo todo ese dolor sin confiármelo?

ELLIDA.—¡Pero si no podía hacerlo! Hasta hoy no podía, hasta que se ha hecho necesario... por ti. Si te hubiera confiado todo esto, hubiera tenido que decirte también lo otro..., lo indecible.

WANGEL.—¿Lo indecible?

ELLIDA.—¡No, no me preguntes! Y ahora todavía una cosa. Nada más, Wangel...; a ver si nos explicamos esto..., lo de los ojos del niño...

WANGEL.—Ellida querida, yo te aseguro que aquello no era más que una figuración tuya. El niño tenía los mismos ojos que todos los niños normales.

ELLIDA.—¡No, no los tenía! ¿Cómo no has podido notarlo? Los ojos del niño cambiaban de color con el mar. Cuando el *fjord* estaba tranquilo, aparecían como él los ojos. En días de tormenta también... ¡Oh, yo vi lo que tú no veías!

WANGEL.—(*Cediendo.*) ¡Hum!... Es posible. Pero aunque así fuese, ¿qué?

ELLIDA.—(*En voz baja y acercándosele.*) Esos ojos los he visto ya una vez.

WANGEL.—¿Dónde? ¿Cómo?

ELLIDA.—Allá afuera, en la rompiente. Hace diez años.

WANGEL.—(*Retrocediendo un paso.*) ¡Qué quieres decir!...

ELLIDA.—(*Susurra temblorosa.*) El niño tenía los ojos del extranjero.

WANGEL.—(*Dando un grito.*) ¡Ellida!

ELLIDA.—(*Se lleva las manos a la cabeza.*) Ahora comprenderás por qué no quiero volver..., por qué no puedo volver a vivir contigo como tu esposa. (*Se aparta rápidamente de él, y huye por la derecha, montaña abajo.*)

WANGEL.—(*Va detrás de ella y llama*): ¡Ellida! ¡Ellida! ¡Mi pobre Ellida infeliz!

ACTO TERCERO

Un sitio apartado del jardín del doctor Wangel. A la izquierda un banco de piedra. El sitio es húmedo, con marismas, y grandes árboles le dan sombra. Bolette está sentada en el banco de piedra, a la izquierda, cosiendo; sobre el banco hay un par de libros y un cesto de costura. Hilde y Lyngstrand, con aparejos de pescar, van por la orilla del estanque. Enseguida entra Arnholm.

HILDE.—(*Haciéndole una seña a Lyngstrand.*) ¡Estese usted quieto! Allí veo una muy grande.

LYNGSTRAND.—(*Mirando.*) ¿Dónde está?

HILDE.—(*Señalando.*) ¿No la ve usted allá abajo? Y mire usted allí. Ahí hay otra de fijo. (*Mirando por entre los árboles.*) ¡Adiós! Ahora viene él y nos la espanta.

BOLETTE.—(*Levantando los ojos.*) ¿Quién viene?

HILDE.—¡Tu profesor, querida!

BOLETTE.—¿Mi...?

HILDE.—Claro. Lo que es mío no lo ha sido nunca.

ARNHOLM.—(*Viene por la derecha por entre los árboles.*) Qué, ¿hay también ahora peces en el estanque?

HILDE.—Sí, algunos peces muy viejos.

ARNHOLM.—¿Pero viven todavía?

HILDE.—Sí, son muy tercos. Pero ahora vamos a ver si acabamos con algunos de ellos.

ARNHOLM.—Mejor sería hacerlo afuera, en el *ffjord*.

LYNGSTRAND.—No; el estanque es en cierto modo misterioso, por decirlo así.

HILDE.—Sí; aquí es más interesante... ¿Se ha bañado usted?

ARNHOLM.—Ahora precisamente. Vengo de la casa de baños.

HILDE.—Entonces no ha ido usted muy lejos.

ARNHOLM.—Sí; no soy ningún nadador extraordinario.

HILDE.—¿Sabe usted nadar de espaldas?

ARNHOLM.—No.

HILDE.—Yo sé. (*A Lyngstrand.*) Vamos a ver allá al otro lado. (*Se van por la orilla hacia la derecha.*)

ARNHOLM.—(*Acercándose a Bolette.*) ¿Cómo está usted tan sola, Bolette?

BOLETTE.—Casi siempre es así.

ARNHOLM.—¿No está su mamá en el jardín?

BOLETTE.—No; habrá ido a paseo con papá.

ARNHOLM.—¿Cómo se encuentra esta mañana?

BOLETTE.—No lo sé; me olvidé de preguntar.

ARNHOLM.—¿Qué libros son esos que tiene usted ahí?

BOLETTE.—Uno de ellos es una botánica; y el otro una geografía.

ARNHOLM.—¿Le gusta a usted leer esas cosas?

BOLETTE.—Sí, cuando tengo tiempo para ello... Pero, sobre todo, tengo que ocuparme de la casa.

ARNHOLM.—¿Pero su madre de usted..., su madrastra, no le ayuda a usted?

BOLETTE.—No; eso corre de mi cuenta. Tenía que cuidarme de la casa durante los años que papá estuvo solo; y luego he seguido haciéndolo.

ARNHOLM.—¿Pero no ha perdido usted la afición a la lectura?

BOLETTE.—No; leo todos los libros útiles que tropiezo. Le gusta a una saber algo del mundo. ¡Porque aquí estamos tan aislados de todo lo que realmente existe!...

ARNHOLM.—No diga usted eso, querida Bolette.

BOLETTE.—Sí, sí. No hay mucha diferencia entre la vida que aquí llevamos y la de los peces del estanque. El *fjord* está muy cerca de ellos, y sin embargo los pobres peces no saben nada de las grandes bandadas de compañeros suyos que viven en el mar libre.

ARNHOLM.—No creo que les fuera muy bien si lograsen entrar allí.

BOLETTE.—A mí me parece que es indiferente.

ARNHOLM.—Por lo demás, no puede usted decir que aquí se viva tan apartado del mundo. Por lo menos en el verano, no. Aquí se da cita la gente. Es una especie de punto central..., así, de pasada.

BOLETTE.—(*Sonriendo.*) ¡Ya lo creo! Para usted, que solo de pasada está aquí, para usted es fácil burlarse de nosotros.

ARNHOLM.—¿Yo burlarme? ¿Cómo puede usted creer tal cosa?

BOLETTE.—Sí, porque todo eso de sitio de cita y de punto central son cosas que les ha oído usted a las gentes de la ciudad. Esos suelen decirlo.

ARNHOLM.—Sí; hablando con franqueza, le diré que yo también lo he notado.

BOLETTE.—Pero en el fondo no hay la menor verdad en todo ello. Al menos, no para los que vivimos siempre aquí. ¿Qué nos importa a nosotros el que pase por aquí el gran mundo desconocido, cuando sube a ver el sol de medianoche? No, no; nosotros tenemos que vivir nuestra vida de peces de estanque.

ARNHOLM.—(*Sentándose a su lado.*) Dígame usted una cosa, querida Bolette. ¿Es algo determinado por lo que usted siente nostalgia al pensar en el gran mundo lejano?

BOLETTE.—¡Hum! Pudiera ser.

ARNHOLM.—¿Y qué es ello? ¿Qué es lo que a usted la atrae?

BOLETTE.—Principalmente, marcharme.

ARNHOLM.—¿De modo que eso en primer lugar?

BOLETTE.—Sí. Y luego saber algo más. Saber algo de todas las cosas.

ARNHOLM.—Cuando yo le daba lecciones a usted, decía su padre a menudo que pensaba estudiarla.

BOLETTE.—¡El pobre papá dice tantas cosas!... Pero cuando llega el momento de hacerlas, entonces... no tiene verdadera energía.

ARNHOLM.—No; por desgracia, en eso tiene usted razón. Energía no la tiene. ¿Pero ha hablado usted con él de ello, seriamente y con insistencia?

BOLETTE.—No, eso no lo he hecho en realidad.

ARNHOLM.—Pues eso debía usted hacerlo de veras. Antes de que sea demasiado tarde, Bolette. ¿Por qué no lo hace usted?

BOLETTE.—Probablemente porque tampoco yo tengo verdadera energía. Sin duda eso lo he heredado de papá.

ARNHOLM.—¿No se juzgará usted mal?

BOLETTE.—No; por desgracia, no. Y además papá tiene tan poco tiempo para pensar en mí y en mi porvenir... Y poco gusto. Aplaza siempre que puede tratar de ello. Porque está tan ocupado siempre con Ellida...

ARNHOLM.—¿Con quién?... ¡Cómo!

BOLETTE.—Quiero decir que él y mi madrastra... (*Interrumpiéndose.*) Papá y mamá viven para sí solos, como usted puede figurarse.

ARNHOLM.—Bien; razón de más para que usted tratara de marcharse de aquí.

BOLETTE.—Sí; pero luego se me figura que no tengo derecho a ello. Que no tengo derecho a abandonar a papá.

ARNHOLM.—Pero, querida Bolette, alguna vez tendrá usted que hacerlo. Por eso creo que debía usted, cuanto antes mejor...

BOLETTE.—Sí, no habrá otro remedio. Yo tengo que pensar también en mí misma. Tengo que tratar de buscar esta o la otra colocación. Si papá se muere no tendré a quién acogerme. Pero, ¡pobre papá!..., tengo miedo de abandonarlo.

ARNHOLM.—¿Miedo?

BOLETTE.—Sí, por papá.

ARNHOLM.—Pero, por Dios, ¿y su madrastra? Ella quedará a su lado.

BOLETTE.—Eso sí es verdad. Pero ella no sirve para lo que mamá hacía con tal habilidad. Hay muchas cosas que esta no ve..., o que acaso no quiere ver..., o que no le preocupan. Yo no sé lo que es en realidad.

ARNHOLM.—¡Hum! Me parece comprender lo que usted quiere decir.

BOLETTE.—¡Pobre papá! En muchos respectos es débil. Usted lo habrá ya notado. En casa dice debe reinar luz y contento. Por eso temo que le hace a ella tomar medicamentos que a la larga no le vienen bien.

ARNHOLM.—¿Cree usted eso de veras?

BOLETTE.—Sí; no puedo libertarme de este pensamiento. Pues a veces es tan rara... (*Con violencia.*) ¿Pero no es injusto que yo tenga que vivir siempre encerrada aquí en casa? A papá no le aprovecha de nada en el fondo. Y yo creo que tengo también deberes para conmigo misma.

ARNHOLM.—Sobre eso tenemos que hablar con más detenimiento, querida Bolette.

BOLETTE.—¡Oh, de poco va a servir! Me parece que estoy destinada a pasarme aquí la vida, como los peces del estanque.

ARNHOLM.—De ningún modo; eso depende de usted misma.

BOLETTE.—(*Con vehemencia.*) ¿Lo cree usted?

ARNHOLM.—Sí, créame. Eso está completamente en sus manos.

BOLETTE.—¡Oh, si yo pudiese!... ¿Quiere usted decir unas palabras por mí?

ARNHOLM.—Eso también. Pero ante todo quiero hablar franca y abiertamente con usted, Bolette. (*Mira hacia la izquierda.*) ¡Silencio! Que no noten nada. Ya seguiremos hablando más tarde.

(*Ellida viene por la izquierda, sin sombrero, y con una pañoleta por la cabeza y hombros.*)

ELLIDA.—(*Con nerviosa agitación.*) ¡Aquí se está bien! ¡Aquí se está bien!

ARNHOLM.—¿Ha dado usted un paseo?

ELLIDA.—Sí; he dado con Wangel un paseo largo, largo, montaña arriba.

BOLETTE.—¿No quieres sentarte?

ELLIDA.—No, gracias; sentarme, no.

BOLETTE.—(*Corriéndose en el banco.*) Hay sitio bastante.

ELLIDA.—(*Paseando.*) No, no, no. Sentarme, no. Sentarme, no.

ARNHOLM.—El paseo de hoy le ha sentado a usted muy bien. ¡Parece usted otra!

ELLIDA.—¡Oh, me siento tan bien! ¡Tan indeciblemente feliz! ¡Tan segura! Tan segura... (*Mirando hacia la izquierda.*) ¿Qué vapor es ese grande que viene ahí?

BOLETTE.—(*Mirando hacia afuera.*) Debe ser el gran vapor inglés.

ARNHOLM.—¿Suele pararse allí?

BOLETTE.—Solo una media hora. Luego entra más adentro en el *ffjord*.

ELLIDA.—Y luego..., mañana, otra vez al mar. Al mar abierto. ¡Oh, quién pudiera ir también! Mar adentro. ¡Quién pudiera!

ARNHOLM.—¿No ha podido hacer usted nunca un gran viaje por mar, señora Wangel?

ELLIDA.—Nunca. No he hecho más que travesías cortas por los *ffjords*.

BOLETTE.—(*Dando un suspiro.*) Nosotros tenemos que conformarnos con la tierra firme.

ARNHOLM.—Así como así, en tierra firme es donde realmente estamos en nuestro elemento.

ELLIDA.—Yo no creo en absoluto que eso sea así.

ARNHOLM.—¿No cree usted que estemos en nuestro elemento en tierra?

ELLIDA.—No, no lo creo. Creo que si los hombres se hubieran acostumbrado desde el principio a vivir en el mar..., acaso seríamos ahora mucho más perfectos de lo que somos. Y mejores y más felices.

ARNHOLM.—¿Cree usted eso de veras?

ELLIDA.—Sí; tengo la seguridad de que lo seríamos. Con Wangel he hablado a menudo de ello...

ARNHOLM.—¿Y él...?

ELLIDA.—Él piensa que sería posible.

ARNHOLM.—(*Con tono ligero.*) Bien. Por mí... Pero lo que ha ocurrido no tiene remedio. Es posible que nos hayamos equivocado; pero la cosa es que nos hemos hecho animales terrestres en vez de hacernos animales marinos. De todos modos, ahora es ya tarde para rectificar el error.

ELLIDA.—Sí, dice usted una triste verdad. Y me parece que los hombres tienen el sentimiento confuso de algo semejante que causa en ellos un dolor secreto y una secreta desilusión. Puede usted creerme. En eso está el origen más profundo de la tristeza de los hombres. Sí, créamelo usted.

ARNHOLM.—Pero, querida señora Wangel, a mí no me parece que los hombres vivan tan extraordinariamente tristes. Al contrario, la mayoría toma la vida de un modo tan risueño y tan ligero..., y con una gran alegría, tranquila, inconsciente.

ELLIDA.—No, no es así. Esa alegría es como nuestra alegría en el gran día de verano. Lleva dentro el presentimiento de la oscuridad venidera. Y ese presentimiento es el que arroja sus sombras sobre las alegrías de los hombres..., como la nube que pasa arroja sus sombras sobre las aguas del *fjord*. ¡Qué azul y qué brillante estaba! Y de pronto...

BOLETTE.—No debías preocuparte con semejantes ideas. Estabas ahora mismo tan contenta y tan alegre...

ELLIDA.—Sí, sí lo estaba. ¡Ah, qué tonta soy! (*Mira inquieta a su alrededor.*) Si Wangel viniese... Me lo prometió; pero, a pesar de eso, no viene. Lo habrá olvidado. Querido Arnholm, ¿no querría usted ir a buscarlo?

ARNHOLM.—Con mucho gusto.

ELLIDA.—Dígale que venga enseguida. Pues ahora no le veo...

ARNHOLM.—¿No le ve usted?...

ELLIDA.—¡Oh, no me entiende usted! Cuando no está a mi lado me ocurre a menudo que no me acuerdo de cómo es. Y entonces se me figura haberle perdido por completo. ¡Y es tan terrible! ¡Vaya usted, por Dios! (*Pasea por el estanque.*)

BOLETTE.—(*A Arnholm.*) Voy con usted. Usted no sabrá dónde...

ARNHOLM.—¡Bah! Yo le encontraré.

BOLETTE.—(*A media voz.*) No, no; estoy intranquila. Temo que haya ido a bordo del vapor.

ARNHOLM.—¿Lo teme usted?

BOLETTE.—Sí, suele ir a ver si encuentra algún conocido. Y luego..., a bordo hay un *restaurant*...

ARNHOLM.—¡Oh, entonces venga usted! (*Se van los dos por la izquierda.*)

(*Ellida está un momento parada y mira al estanque. De cuando en cuando murmura palabras cortadas. Por afuera, por el sendero detrás de los setos, viene de la izquierda un desconocido en traje de viaje: tiene cabello y barba rojos, cubre su cabeza con una gorra escocesa y lleva a la espalda una bolsa de viaje atada con correas.*)

EL FORASTERO.—(*Va lentamente a lo largo del seto y busca en el jardín; cuando repara en Ellida la mira fija e inquisitivamente y dice con voz queda*): ¡Buenas noches, Ellida!

ELLIDA.—(*Se vuelve y grita*): ¡Oh, amado mío; vienes por fin!

EL FORASTERO.—Sí, por fin.

ELLIDA.—(*Mirándole asustada y sorprendida.*) ¿Quién es usted? ¿A quién busca?

EL FORASTERO.—Ya puedes figurártelo.

ELLIDA.—(*Asombrada.*) ¿Qué es eso? ¿Por qué me tutea usted? ¿Qué busca usted aquí?

EL FORASTERO.—Te busco a ti.

ELLIDA.—(*Desfallecida.*) ¡Ah! (*Le mira fijamente, retrocede unos pasos y dice con un grito ahogado*): ¡Los ojos! ¡Los ojos!

EL FORASTERO.—Qué, ¿me conoces por fin? Yo te conocí enseguida.

ELLIDA.—¡Los ojos! ¡No me mire usted así! ¡Voy a pedir auxilio!

EL FORASTERO.—¡Silencio! ¡Calla! No temas. Si no te hago nada.

ELLIDA.—(*Poniendo una mano ante los ojos.*) ¡Le digo a usted que no me mire así!

EL FORASTERO.—(*Apoya un brazo en la valla.*) He venido con el vapor inglés.

ELLIDA.—(*Le mira temerosa.*) ¿Qué quiere usted de mí?

EL FORASTERO.—¿No ves que te prometí volver en cuanto pudiese?

ELLIDA.—¡Márchese usted! ¡Vuelva usted a marcharse! ¡No vuelva usted más! ¡Ya le escribí a usted que todo había terminado entre nosotros! ¡Todo! ¡Ya lo sabe usted!

EL FORASTERO.—(*Imperturbable, sin contestar a lo que ella ha dicho.*) Hubiera querido venir antes. Pero no pude. Por fin ahora me ha sido posible. ¡Y aquí me tienes, Ellida!

ELLIDA.—¿Pero qué quiere usted de mí? ¿Qué piensa usted hacer? ¿Para qué ha venido usted?

EL FORASTERO.—Ya puedes figurarte que he venido para llevarte conmigo.

ELLIDA.—(*Retrocede aterrorizada.*) ¡Llevarme consigo! ¿Eso es lo que usted quiere?

EL FORASTERO.—Naturalmente.

ELLIDA.—¿Pero no sabe usted que estoy casada?

EL FORASTERO.—Sí que lo sé.

ELLIDA.—¿Y a pesar de eso...? ¿A pesar de eso viene usted para... para... llevarme consigo?

EL FORASTERO.—Claro está que lo hago.

ELLIDA.—(*Llevándose las manos a la cabeza.*) ¡Oh, esto es horrible!... ¡Es espantoso! ¡Espantoso!

EL FORASTERO.—¿Es que acaso no quieres venir?

ELLIDA.—¡No me mire usted así!

EL FORASTERO.—Pregunto si no quieres venir.

ELLIDA.—¡No, no, no! ¡No quiero! ¡Nunca! ¡Jamás! ¡No quiero, digo! ¡No puedo ni quiero! (*En voz más baja.*) Ni debo tampoco.

EL FORASTERO.—(*Salta la valla y sube al jardín.*) Bien; veremos, Ellida... Déjame decirte una cosa antes de que me vaya.

ELLIDA.—(*Quiere huir, pero no puede; está como pegada al suelo, y se apoya en el tronco de un árbol en la orilla del estanque.*) ¡No me toque usted! ¡No venga usted aquí! ¡No se acerque usted! ¡No me toque usted, digo!

EL FORASTERO.—(*Adelantando unos pasos con precaución.*) Pero no temas, Ellida.

ELLIDA.—(*Tapándose los ojos con las manos.*) ¡No me mire usted así!

EL FORASTERO.—¡No temas nada! ¡No temas nada!

(*El doctor Wangel viene por la izquierda por el jardín.*)

WANGEL.—(*Entre los árboles.*) Has tenido que esperarme mucho tiempo, ¿verdad?

ELLIDA.—(*Se precipita a él, se agarra a su brazo y grita:*) ¡Oh Wangel, sálvame! ¡Sálvame..., si puedes!

WANGEL.—¡Ellida!... ¡Por Dios! ¿Qué te pasa?

ELLIDA.—¡Sálvame! ¿No le ves? ¡Allí está!

WANGEL.—(*Viéndolo.*) ¿Ese hombre? (*Acercándose, colocado en el centro.*) ¿Puedo preguntarle a usted quién es y a qué ha venido usted aquí al jardín?

EL FORASTERO.—(*Señalando a Ellida.*) Quiero hablar con ella.

WANGEL.—¡Ah! ¿Entonces será usted acaso...? (*A Ellida.*) Me han dicho que un desconocido había estado en casa preguntando por ti.

EL FORASTERO.—Sí, yo era.

WANGEL.—¿Y qué es lo que quiere usted de mi mujer? (*Volviéndose.*) ¿Le conoces, Ellida?

ELLIDA.—(*En voz baja, retorciéndose las manos.*) ¿Que si le conozco? ¡Sí, sí!

WANGEL.—¿Quién es?

ELLIDA.—¡Es él, Wangel! ¡El mismo! Aquel de quien tú sabes...

WANGEL.—¿Cómo? ¿Qué dices? (*Volviéndose a él.*) ¿Es usted aquel Johnston que en otro tiempo...?

EL FORASTERO.—Bien. Puede usted llamarme Johnston. Por mí... Por lo demás, no me llamo así.

WANGEL.—¿No?

EL FORASTERO.—Ahora no.

WANGEL.—¿Y qué es lo que pretende usted ahora de mi mujer? Pues ya sabe usted que la hija del torrero se ha casado hace mucho tiempo, y debe usted también saber con quién se ha casado.

EL FORASTERO.—Eso lo sé desde hace más de tres años.

ELLIDA.—(*Interesada.*) ¿Cómo lo ha sabido usted?

EL FORASTERO.—Venía a buscarte. En esto cayó en mis manos un periódico antiguo, un periódico de esta región, y en él hallé la noticia de tu boda.

ELLIDA.—(*Mirando ante sí.*) De la boda... Era eso, pues...

EL FORASTERO.—Aquello me produjo una impresión tan tremenda... Porque nosotros ya nos habíamos desposado..., recuérdalo..., con los anillos.

ELLIDA.—(*Cubriéndose la cara con las manos.*) ¡Oh!

WANGEL.—¿Cómo se atreve usted...?

EL FORASTERO.—¿Te olvidaste de aquello?

ELLIDA.—(*Siente su mirada y grita*): ¡No me mire usted así!

WANGEL.—(*Poniéndose delante de él.*) Usted debe dirigirse a mí, y nada más que a mí. En resumen: puesto que usted sabe cómo están las cosas, ¿qué es lo que tiene que hacer aquí? ¿Por qué viene usted a buscar a mi mujer?

EL FORASTERO.—Le había prometido a Ellida venir tan pronto como pudiese.

WANGEL.—¡Ellida! ¡Otra vez!

EL FORASTERO.—Y Ellida me había prometido aguardarme hasta que viniera.

WANGEL.—Le advierto que usted llama a mi mujer por su nombre de pila, y que esa confianza no se usa entre nosotros.

EL FORASTERO.—Ya lo sé. Pero como me pertenece a mí ante todo...

WANGEL.—¿A usted? ¿También desde que...?

ELLIDA.—(*Amparándose detrás de Wangel.*) ¡Oh!... ¡Ya no me deja libre!

WANGEL.—¿A usted? ¿Que le pertenece a usted?

EL FORASTERO.—¿No le ha hablado a usted de dos anillos? ¿De un anillo suyo y otro mío?

WANGEL.—Sí. Pero ¿y eso qué significa? ¿No puso ella misma término a todo? Usted recibió su carta. De modo que lo sabe usted.

EL FORASTERO.—Ellida y yo estábamos conformes en que la cosa de los anillos era valedera y había de significar exactamente lo mismo que un desposorio.

ELLIDA.—¿Pero no está usted oyendo que no quiero? ¡Nunca, jamás quiero volver a oír hablar de usted! ¡No me mire usted así! ¡No quiero, le digo!

WANGEL.—Es preciso que esté usted loco para venir aquí creyendo que de una chiquillada semejante iban a deducirse derechos de ningún género.

EL FORASTERO.—Es verdad. Derecho..., en el sentido que usted lo dice, no lo tengo.

WANGEL.—¿Qué quiere usted entonces? ¡No se figurará usted que me la puede quitar por la fuerza, contra su voluntad!

EL FORASTERO.—No. ¿De qué iba a servir eso? Si Ellida ha de venir conmigo, tendrá que ser voluntariamente.

ELLIDA.—(*Aterrada grita*): ¿Voluntariamente?...

WANGEL.—¿Y puede usted creer eso posible?

ELLIDA.—(*Para sí*.) ¡Voluntariamente!

WANGEL.—¡Está usted loco! Y ahora haga usted el favor de marcharse. Ya no tenemos nada que tratar con usted.

EL FORASTERO.—(*Mirando al reloj*.) Ya va siendo tiempo de que me vuelva a bordo. (*Acercándose*.) Bien, Ellida; yo he cumplido con mi deber. (*Acercándose más*.) He hecho lo que te había prometido.

ELLIDA.—(*Asustada y separándose*.) ¡No me toque usted!

EL FORASTERO.—Tienes tiempo hasta mañana para pensarlo...

WANGEL.—Aquí no hay nada que pensar. Haga usted el favor de irse.

EL FORASTERO.—(*Hablando siempre a Ellida*.) Ahora me voy con el vapor. Mañana volveré y miraré a ver si te encuentro. Espérame aquí en el jardín, porque preferiría arreglar la cosa contigo sola.

ELLIDA.—(*En voz baja y temblorosa*.) ¡Pero, oyes, Wangel!

WANGEL.—Estate tranquila. Ya sabremos impedir la visita.

EL FORASTERO.—Entretanto, adiós, Ellida. Mañana al atardecer.

ELLIDA.—(*Suplicante*.) ¡Oh, no, no! ¡No vuelva usted mañana; no vuelva usted nunca!

EL FORASTERO.—Y si hasta entonces te has decidido a venir conmigo...

ELLIDA.— ¡Oh, no me mire usted así!

EL FORASTERO.— Quiero decir solamente que en ese caso debes estar preparada para el viaje.

WANGEL.— Vete a casa, Ellida.

ELLIDA.— ¡No puedo! ¡Oh, ayúdame! ¡Sálvame, Wangel!

EL FORASTERO.— Y piensa que si mañana no vienes conmigo se habrá acabado todo.

ELLIDA.— (*Mirándole ansiosamente.*) ¿Entonces se habrá acabado todo? ¿Para siempre?

EL FORASTERO.— (*Afirmando con la cabeza.*) Entonces ya no tendrá remedio posible, Ellida. No volveré más por aquí. Ya no volverás a verme. Ni volverás a oír hablar de mí. Habré muerto para ti por completo.

ELLIDA.— (*Respirando trabajosamente.*) ¡Oh!

EL FORASTERO.— Por consiguiente, piensa bien lo que haces. Adiós. (*Salta la valla, se para un momento y dice:* Sí, Ellida...; estate mañana preparada. Vendré y te llevaré conmigo. (*Se va lentamente por el sendero hacia la derecha.*)

ELLIDA.— (*Le sigue unos momentos con la vista.*) ¡Voluntariamente, ha dicho! Figúrate. ¡Voluntariamente debía ir con él!

WANGEL.— Estate tranquila. Ya se ha marchado y no le volverás a ver.

ELLIDA.— ¿Cómo dices eso? ¡Si viene mañana al atardecer!

WANGEL.— Déjale que venga. Pero a ti no ha de encontrarte.

ELLIDA.— (*Sacudiendo la cabeza.*) ¡Oh, Wangel! No creas que podrás impedirselo.

WANGEL.— Ya lo verás, querida. Déjame hacer a mí.

ELLIDA.— (*Cavilando y sin hacerle caso.*) Cuando haya estado aquí mañana... y cuando luego se haya marchado con el vapor...

WANGEL.— ¿Qué entonces?

ELLIDA.— ¿Será verdad que entonces no volverá nunca?

WANGEL.—No, amiga mía. De eso puedes estar segura. ¿Qué iba a buscar aquí? Ya ha oído de tus propios labios que no quieres saber nada de él. Con eso se ha terminado la cosa.

ELLIDA.—(*Para sí.*) De modo que mañana o nunca...

WANGEL.—Y si acaso se le ocurriese volver por aquí...

ELLIDA.—(*Con gran interés.*) ¿Entonces...?

WANGEL.—Entonces estará en nuestra mano hacerle inofensivo.

ELLIDA.—¡Oh, no lo creas!

WANGEL.—¡Te digo que está en nuestra mano! Si no puedes de otro modo recobrar tu tranquilidad, que pague la pena de la muerte del capitán.

ELLIDA.—(*Con vehemencia.*) ¡Eso sí que no! ¡Eso nunca! ¡Nosotros no sabemos nada de la muerte del capitán! ¡Nada absolutamente!

WANGEL.—¡Nosotros no sabemos nada! ¡Pero si te lo ha confesado a ti misma!

ELLIDA.—¡No, no hables de eso! Si dijeras algo lo negaría. ¡Que no le encierren! Que viva libre en el amplio mar. Ese es su sitio.

WANGEL.—(*La contempla y dice lentamente*): ¡Ah, Ellida, Ellida!

ELLIDA.—(*Estrechándose a él.*) ¡Oh, tú, amigo mío querido! ¡Sálvame de ese hombre!

WANGEL.—(*Se desprende dulcemente.*) ¡Ven! ¡Ven conmigo!

(*Lyngstrand e Hilde, ambos con aparejos de pesca, vienen del estanque por la derecha.*)

LYNGSTRAND.—(*Yendo apresuradamente hacia Ellida.*) ¡Ahora va usted a oír una cosa notable, señora!

WANGEL.—¿Qué es ello?

LYNGSTRAND.—Figúrese usted... que hemos visto al americano.

WANGEL.—¿Al americano?

HILDE.—Sí; yo le he visto también.

LYNGSTRAND.—Dio la vuelta al jardín y luego subió a bordo del vapor inglés.

WANGEL.—¿De dónde conoce usted a ese hombre?

LYNGSTRAND.—Hemos navegado juntos una vez. Yo estaba seguro de que se había ahogado. Y ahora resulta que está vivo.

WANGEL.—¿Le conoce usted con alguna intimidad?

LYNGSTRAND.—No; pero de seguro ha venido para vengarse de su mujer infiel.

WANGEL.—¿Qué dice usted?

HILDE.—Lyngstrand quiere utilizarle para su escultura.

WANGEL.—No entiendo una palabra...

ELLIDA.—Ya lo sabrás después.

(Arnholm y Bolette vienen por el sendero de la izquierda.)

BOLETTE.—*(A los del jardín.)* ¡Venid y mirad! Está entrando el vapor inglés.

(Un gran vapor pasa lentamente por delante.)

LYNGSTRAND.—*(A Hilde.)* Esta noche la mata, de seguro.

HILDE.—*(Afirmando.)* A la mujer infiel..., sí.

LYNGSTRAND.—Figúrese usted; a medianoche.

HILDE.—¡Ah, sí! Me parece que será interesante.

ELLIDA.—*(Siguiendo con la vista el barco.)* De modo que mañana...

WANGEL.—Y luego nunca más.

ELLIDA.—*(En voz baja y estremecida.)* ¡Oh, Wangel! ¡Sálvame de mí misma!

WANGEL.—*(Mirándola asustado.)* ¡Ellida! Lo presiento...; detrás de esas palabras se esconde algo.

ELLIDA.—¡Lo que me atrae se esconde detrás de ellas!

WANGEL.—¿Lo que te atrae?

ELLIDA.—Ese hombre es como el mar. (*Se va lentamente y pensativa por el jardín hacia la izquierda. Wangel marcha a su lado, inquieto, y la observa inquisitivamente.*)

ACTO CUARTO

El cuarto del jardín en casa de Wangel. Puertas a la derecha y a la izquierda. Al fondo, entre dos ventanas, una puerta de cristales abierta que da a la terraza; detrás de esta se ve una parte del jardín. A la izquierda, en primer término, un sofá y una mesa; a la derecha un piano, y más allá una mesa con flores. En el centro una mesa redonda, con sillas alrededor; sobre la mesa un rosal florido y otros tiestos con plantas. Es por la mañana. Bolette está sentada en el sofá, a la izquierda de la mesa, bordando. En el extremo de arriba de la misma mesa está sentado Lyngstrand en una silla. Abajo, en el jardín, está pintando Ballested, y sentada junto a él Hilde.

LYNGSTRAND.—(Con los brazos apoyados en la mesa, está un rato en silencio viendo cómo trabaja Bolette.) Debe ser enormemente difícil eso que está usted bordando, señorita.

BOLETTE.—¡Oh, no; no es tan difícil! No hay más que tener cuidado de contar bien.

LYNGSTRAND.—¿Contar? ¿También tiene usted que contar?

BOLETTE.—Claro, las puntadas. Vea usted.

LYNGSTRAND.—Es verdad. ¡Qué atrocidad! Eso es casi un arte. ¿Sabe usted también dibujar?

BOLETTE.—¡Oh!, con un modelo sí.

LYNGSTRAND.—¿Si no, no?

BOLETTE.—No; si no, no puedo.

LYNGSTRAND.—¡Pero eso no es un arte verdadero!

BOLETTE.—No; principalmente es... habilidad.

LYNGSTRAND.—Sin embargo, yo creo que usted podría aprender un arte.

BOLETTE.—¿Y si no tengo disposición para ello?

LYNGSTRAND.—¡Oh! ¡Si estuviera usted siempre al lado de un verdadero artista!...

BOLETTE.—¿Cree usted que podría aprender algo de él?

LYNGSTRAND.—No aprender en el sentido en que se suele entender. Pero creo que vendría sobre usted poco a poco. Como por un milagro, señorita.

BOLETTE.—Sería muy extraño.

LYNGSTRAND.—(*Después de una pausa corta.*) ¿Ha pensado usted detenidamente...; quiero decir, si ha pensado usted seriamente sobre el matrimonio?

BOLETTE.—(*Mirándole furtivamente.*) ¿Sobre...? ¡No!

LYNGSTRAND.—Yo sí.

BOLETTE.—¿De veras?

LYNGSTRAND.—Sí; yo pienso a menudo sobre esas cosas. Generalmente sobre el matrimonio. Y luego he leído varios libros sobre él. Para mí el matrimonio debe considerarse como una especie de milagro. Cómo la mujer se va transformando y asemejándose al marido...

BOLETTE.—¿Quiere usted decir que adquiere los mismos intereses que él?

LYNGSTRAND.—Sí; eso precisamente.

BOLETTE.—¿Pero y sus talentos y su habilidad?

LYNGSTRAND.—Casi estoy por creer que eso también...

BOLETTE.—¿Entonces cree usted acaso también que todo lo que el hombre se ha apropiado por lecturas o meditaciones puede traspasarlo a su mujer?

LYNGSTRAND.—Eso también. Poco a poco, y como por un milagro. Pero también sé que una cosa semejante solo puede ocurrir en un matrimonio que sea fiel, leal, y en el que reine verdadero amor.

BOLETTE.—¿Y no se le ha ocurrido nunca que de la misma manera podría el marido resultar influido por su mujer; quiero decir, hacerse semejante a ella?

LYNGSTRAND.—¿El hombre? No, eso no puede ser.

BOLETTE.—Pero ¿por qué no ha de ser lo mismo lo uno que lo otro?

LYNGSTRAND.—Porque el hombre tiene una misión que cumplir, y para la cual vive. Y esto es lo que hace tan fuerte y tan firme al hombre, señorita: el que su vida tiene una misión.

BOLETTE.—¿Todos los hombres la tienen?

LYNGSTRAND.—¡Oh, no! Yo me refiero principalmente al artista.

BOLETTE.—¿Cree usted que un artista hace bien en casarse?

LYNGSTRAND.—Sí que lo creo. Si puede encontrar una mujer que le ame de veras, entonces...

BOLETTE.—A pesar de eso, yo creo que el artista no debe vivir más que para su arte.

LYNGSTRAND.—Eso sin duda; pero puede hacer lo mismo si se casa.

BOLETTE.—Bien; pero ¿y ella?

LYNGSTRAND.—¿Ella? ¿Cómo?

BOLETTE.—Ella, la que se case con él, ¿para qué ha de vivir ella?

LYNGSTRAND.—Ella debe vivir también para su arte. Yo creo que en eso sentirá la mujer una felicidad tan honda...

BOLETTE.—¡Hum!... No sé hasta qué punto...

LYNGSTRAND.—Sí, señorita; puede usted creerlo. No solo por la honra y el prestigio que de él le vienen. Eso es para mí lo de menos. Pero el poder ayudarle en sus creaciones...; el poder aligerarle el trabajo, estando junto a él, cuidándole bien, llenándole de comodidades y haciéndole la vida agradable... Me parece que esto ha de ser magnífico para una mujer.

BOLETTE.— ¡Usted mismo no se da cuenta de lo egoísta que es!

LYNGSTRAND.— ¿Egoísta yo? ¡Oh, Dios mío! ¡Si me conociese usted mejor!... (*Inclinándose hacia ella.*) Señorita..., cuando yo me haya marchado..., y esto tendrá que ser pronto...

BOLETTE.— (*Mirándole interesada.*) Pero no empiece usted a pensar cosas tristes.

LYNGSTRAND.— Me parece que, en realidad, tan terriblemente triste no lo es.

BOLETTE.— ¿Pero qué es lo que usted quiere decir?

LYNGSTRAND.— Dentro de un mes me marcharé. Primero de aquí, y luego hacia los países del sur.

BOLETTE.— ¡Ah, sí! Claro está.

LYNGSTRAND.— ¿Y entonces pensará usted en mí alguna vez, señorita?

BOLETTE.— Sí, lo haré con gusto.

LYNGSTRAND.— (*Muy alegre.*) ¿Me lo promete usted de veras?

BOLETTE.— Sí, se lo prometo a usted.

LYNGSTRAND.— ¿Lo promete usted seriamente, señorita Bolette?

BOLETTE.— Seriamente. (*En otro tono.*) ¿Pero para qué todo esto, si no conduce a nada?

LYNGSTRAND.— ¿Cómo puede usted decir eso? Para mí sería tan delicioso saber que usted pensaba en mí...

BOLETTE.— ¿Y luego?

LYNGSTRAND.— Luego no lo sé en realidad...

BOLETTE.— Tampoco yo. Hay muchas cosas en camino. Me parece que todo está en camino.

LYNGSTRAND.— Quizás pudiera ocurrir un milagro. Una mutación feliz de la fortuna..., o algo así. Porque yo estoy convencido de que he de tener suerte.

BOLETTE.—(*Con vehemencia.*) ¡Verdad que sí! ¿Verdad que lo cree usted?

LYNGSTRAND.—Lo creo firmemente. Y luego..., dentro de algunos años..., cuando yo vuelva hecho un escultor ilustre, en buena situación y lleno de salud...

BOLETTE.—¡Oh, sí! Hay que esperar que será así.

LYNGSTRAND.—De eso puede usted estar segura. Con solo con que usted piense en mí mientras estoy fuera, allá en las tierras del sur. Y ahora tengo ya su palabra.

BOLETTE.—Sí que la tiene usted. (*Moviendo la cabeza.*) Pero ya verá usted como no conduce a nada.

LYNGSTRAND.—¡Oh, sí! Conducirá por lo menos a que yo podré trabajar más fácilmente y con más ánimo.

BOLETTE.—¿Lo cree usted así?

LYNGSTRAND.—Sí, lo siento interiormente. Y me parece que debe tener algo de consolador para usted..., aquí, en este rincón apartado..., el saber secretamente, para sí sola, que me ayuda usted en mi creación.

BOLETTE.—(*Mirándole.*) Bien...; pero ¿y usted... por su parte?

LYNGSTRAND.—¿Yo?...

BOLETTE.—(*Mirando hacia el jardín.*) ¡Silencio! Hablemos de otra cosa. Ahí viene el profesor.

LYNGSTRAND.—¿Tiene usted en mucho a su antiguo maestro, señorita?

BOLETTE.—¿Si le tengo en mucho?

LYNGSTRAND.—Sí; quiero decir si le tiene usted afecto.

BOLETTE.—¡Oh, claro que sí! Porque es un buen amigo y un buen consejero. Y luego está siempre dispuesto a ayudarle a una.

LYNGSTRAND.—¿Pero no es extraño que no se haya casado?

BOLETTE.—¿Le parece a usted extraño?

LYNGSTRAND.—Sí; según se dice, debe ser un hombre en buena posición.

BOLETTE.—Creo que sí. Pero comprendo que no le haya sido fácil encontrar una mujer que le quiera.

LYNGSTRAND.—¿Por qué?

BOLETTE.—Él mismo lo dice. Porque ha sido maestro de casi todas las muchachas que conoce.

LYNGSTRAND.—¿Y eso qué tiene que ver?

BOLETTE.—¡Oh, Dios mío! ¿Quién se va a casar con uno que ha sido su maestro?

LYNGSTRAND.—¿Cree usted que una muchacha no puede amar a su maestro?

BOLETTE.—No; después que se haya hecho mayor, no.

LYNGSTRAND.—¡Hum! ¿Lo cree usted de veras?

BOLETTE.—*(Amenazándole.)* ¡Bueno, bueno!

(Ballested ha recogido sus cosas y las lleva por la derecha. Hilde le ayuda. Arnholm entra en la terraza y de allí en el cuarto.)

ARNHOLM.—Buenos días, querida Bolette. Buenos días, señor..., señor... *(Parece molesto y se inclina fríamente ante Lyngstrand. Este se levanta y se inclina.)*

BOLETTE.—*(Levantándose y yendo hacia Arnholm.)* Buenos días, señor Arnholm.

ARNHOLM.—¿Cómo andan ustedes hoy por aquí?

BOLETTE.—Bien, muchas gracias.

ARNHOLM.—Su madre de usted, ¿ha ido al baño?

BOLETTE.—No; está en su cuarto.

ARNHOLM.—¿No se siente bien?

BOLETTE.—No lo sé en realidad. Se ha cerrado en su habitación.

ARNHOLM.—¿De veras?

LYNGSTRAND.—La señora Wangel se ha excitado mucho ayer con lo del americano.

ARNHOLM.—¿Qué sabe usted de eso?

LYNGSTRAND.—Le conté que le había visto en cuerpo y alma detrás del jardín.

ARNHOLM.—¡Ah!

BOLETTE.—(*A Arnholm.*) ¿Usted y papá habrán estado todavía mucho tiempo charlando esta noche, verdad?

ARNHOLM.—Sí, bastante. Hablamos de cosas serias.

BOLETTE.—¿No le ha hablado usted también un poco de mí?

ARNHOLM.—No, querida Bolette. No llegamos a eso, pues su papá estaba muy preocupado con otra cosa.

BOLETTE.—(*Suspirando.*) Sí, eso lo está siempre.

ARNHOLM.—(*Mirándola con intención.*) Pero más tarde hablaremos detenidamente... ¿Dónde está ahora su padre de usted? ¿No está en casa?

BOLETTE.—Sí; debe estar abajo en el despacho. Voy a traerle.

ARNHOLM.—No, gracias; deje usted. Prefiero ir a buscarle.

BOLETTE.—(*Escuchando hacia la izquierda.*) Aguarde usted. Creo que le oigo por la escalera; ha debido ir arriba a ver cómo seguía ella.

(*Wangel entra por una puerta lateral de la izquierda.*)

WANGEL.—(*Dando la mano a Arnholm.*) ¿Cómo va, querido amigo? ¿Ha venido usted ya? Me alegro mucho de que haya usted venido temprano, porque me gustaría seguir hablando con usted.

BOLETTE.—(*A Lyngstrand.*) ¿Vamos a ir un poco al jardín con Hilde?

LYNGSTRAND.—Con mucho gusto, señorita.

(*Se van al jardín y desaparecen por la derecha, entre los árboles del fondo.*)

ARNHOLM.—(*Que les ha seguido con la vista.*) ¿Conoce usted con detalles a ese muchacho?

WANGEL.—No, en absoluto.

ARNHOLM.—¿Pero le parece a usted bien que esté siempre con las chicas?

WANGEL.—¿Hace eso? De veras que no había notado nada.

ARNHOLM.—Sin embargo, debía usted fijarse un poco en esas cosas.

WANGEL.—Puede ser que tenga usted razón. ¡Pero qué voy a hacer, Dios mío! Las chicas se han acostumbrado ya a gobernarse por sí mismas. No consienten que ni Ellida ni yo les digamos nada.

ARNHOLM.—¿Ella tampoco?

WANGEL.—No. Y además, yo no puedo exigirle que se mezcle en esas cosas. Ni sirve tampoco para ello. (*Interrumpiéndose.*) Pero no era de esto de lo que queríamos hablar. Dígame: ¿ha vuelto usted a pensar sobre aquello? ¿Sobre lo que ayer le conté?

ARNHOLM.—Desde que ayer nos separamos no he pensado en otra cosa.

WANGEL.—¿Y qué cree usted que se puede hacer?

ARNHOLM.—Querido doctor: me parece que usted, como médico, debe saberlo mejor que yo.

WANGEL.—¡Si usted supiera lo difícil que es para un médico diagnosticar a un enfermo a quien ama tanto! Y esta no es una enfermedad ordinaria. Aquí no sirve ni un médico ordinario... ni medicinas ordinarias.

ARNHOLM.—¿Cómo está hoy?

WANGEL.—Acabo de verla y me pareció muy tranquila. Pero detrás de eso hay algo escondido que yo no puedo entender. ¡Y luego es tan variable..., tan imprevista..., cambia con tal prontitud!

ARNHOLM.—Esa es una consecuencia de su estado anormal.

WANGEL.—No es eso solo. En el fondo es algo innato en ella. Ellida es una criatura del mar. Esta es la cosa.

ARNHOLM.—¿Qué es lo que quiere usted decir propiamente, querido doctor?

WANGEL.—¿No se ha fijado usted en que las gentes de allá afuera de la costa abierta son gentes especiales? Es algo así como si en ellas se reflejase la vida misma del mar, con oleadas..., con flujos y reflujos..., lo mismo en su pensamiento que en su sentir. Y no se les puede trasplantar. Eso debía yo haberlo visto antes. ¡Fue un verdadero delito contra Ellida sacarla de allá afuera y traerla aquí!

ARNHOLM.—¿Es ahora cuando ha llegado usted a esa consecuencia?

WANGEL.—Sí, cada vez más y más. Pero debía haberlo visto antes. Y en el fondo lo sabía ya; solo que procuraba disimulármelo a mí mismo, porque la amaba de tal modo... Por eso ante todo pensaba en mí. ¡Hasta tal punto era yo entonces egoísta!

ARNHOLM.—Sí; en ciertas circunstancias todos los hombres somos un poco egoístas. Pero en usted no he visto nunca nada de ese defecto, doctor Wangel.

WANGEL.—(*Paseando inquieto arriba y abajo.*) ¡Oh, sí, sí! Y después lo he sido también. Yo soy más viejo, mucho más viejo que ella. Debí haber sido para ella un padre... y un director a la vez. Debí haber hecho cuanto estuviera en mi poder para desarrollar y aclarar su pensamiento. Pero eso no lo hice nunca. No tenía bastante energía para eso, porque la prefería tal como era. Pero luego comenzó a ponerse mal y cada vez peor, y yo cavilaba sin saber qué hacer. (*Con voz queda.*) ¡Por eso en mi tribulación le escribí a usted y le pedí que viniese a verme!

ARNHOLM.—(*Mirándole asombrado.*) ¿Cómo? ¿Me escribió usted por eso?

WANGEL.—Sí. Pero no diga usted nada.

ARNHOLM.—¡Pero, por Dios, doctor! ¿Qué es lo que esperaba usted de mí? No lo veo bien.

WANGEL.—Y es natural que no lo vea usted. Es que estaba sobre una falsa pista. Creía que el corazón de Ellida se había inclinado en otro tiempo hacia usted. Que en secreto estaba todavía inclinado hacia usted. Y que acaso la hiciese bien volver a verle a usted y hablar de su tierra y de los tiempos antiguos.

ARNHOLM.—¿De modo que lo que usted me escribía de que me esperaba aquí alguien y acaso sentía nostalgia hacia mí, se refería a su mujer?

WANGEL.—¿A quién había de ser?

ARNHOLM.—(*Rápidamente.*) Sí, tiene usted razón... Pero yo no lo entendí.

WANGEL.—Sí, ahora está claro. Yo seguía una pista completamente falsa.

ARNHOLM.—¡Y dice usted que es egoísta!

WANGEL.—¡Es que tenía que reparar tantas faltas!... Me parecía que no debía repugnar medio alguno con tal de tranquilizar un poco su ánimo.

ARNHOLM.—¿Cómo se explica usted el poder que ese desconocido tiene sobre ella?

WANGEL.—¡Ah, querido amigo! La cosa debe tener aspectos que no pueden explicarse.

ARNHOLM.—¿Cosas que son por sí inexplicables? ¿Completamente inexplicables?

WANGEL.—Por lo menos inexplicables por ahora.

ARNHOLM.—¿Cree usted en tales cosas?

WANGEL.—Ni creo ni niego, pero no lo sé... Por eso lo dejo hasta que pueda explicármelo mejor.

ARNHOLM.—Una sola cosa quiero preguntarle a usted aún. ¿Esa cosa terrible que ella dice de los ojos del niño...?

WANGEL.—(*Con energía.*) En lo de los ojos no creo lo más mínimo. No quiero creer en semejantes cosas. Eso no ha podido ser más que una fantasía suya. Nada más.

ARNHOLM.—¿Se fijó usted en los ojos del hombre ayer cuando le vio?

WANGEL.—Claro que lo hice.

ARNHOLM.—¿Y encontró usted algún parecido?

WANGEL.—(*Eludiendo la contestación.*) ¡Pchs! ¡Qué sé yo! Cuando le vi había ya poca luz. Y como Ellida había hablado ya tanto del parecido...,

no sé si estaba en situación de mirarlo desapasionadamente.

ARNHOLM.—Sí, sí, es posible. ¿Pero lo otro? ¿El miedo y la inquietud que la invadieron, parece ser que precisamente en el tiempo en que el hombre se encontraba en el viaje de regreso?

WANGEL.—Sobre eso ha cavilado y fantaseado desde anteayer. No vino así tan prontamente..., tan de golpe como ella asegura. Pero desde que oyó decir a Lyngstrand que Johnston..., o Friman..., o como se llame..., hace tres años venía hacia aquí..., en el mes de marzo..., desde entonces cree como cosa indudable que aquella inquietud la cogió precisamente en ese mes de marzo.

ARNHOLM.—¿Es que no fue así?

WANGEL.—De ningún modo. Tiempo antes de esa fecha había ya en ella signos de alteración. Sin embargo..., casualmente en marzo... de hace tres años tuvo una crisis violenta...

ARNHOLM.—¿De modo que...?

WANGEL.—Pero eso puede explicarse perfectamente por las circunstancias en que entonces se encontraba.

ARNHOLM.—De modo que indicio sobre indicio.

WANGEL.—(*Con los puños cerrados.*) ¡Y no poder ayudarla! ¡No encontrar el más mínimo remedio! ¡No ocurrírseme nada en contra!

ARNHOLM.—¿Por qué no prueba usted a cambiar de residencia? ¿A irse a vivir a otra parte donde pudiera estar en condiciones que le recordasen las de su casa?

WANGEL.—¡Si eso ya se lo he ofrecido! La he propuesto que nos vayamos a Skjoldvik, pero no quiere.

ARNHOLM.—¿Eso tampoco?

WANGEL.—No, porque dice que no le serviría de nada. Y es posible que tenga razón.

ARNHOLM.—¿Cree usted...?

WANGEL.—Sí, y además, cuando pienso en la cosa despacio no sé cómo me las arreglaría para realizar ese plan. Porque no creo tener derecho

a encerrar a mis hijas en aquel rincón apartado. Por lo menos deben vivir en un sitio donde haya alguna posibilidad para ellas de colocarse.

ARNHOLM.—¿Colocarse? ¿Le preocupa ya eso tanto?

WANGEL.—¡Dios mío, tengo que pensar en ello! Pero luego, por otra parte..., mi pobre Ellida enferma... ¡Oh, querido Arnholm! En muchos sentidos estoy entre el agua y el fuego.

ARNHOLM.—Por Bolette no tiene usted que preocuparse... (*Interrumpiéndose.*) Quisiera saber dónde está, hacia dónde ha ido. (*Se asoma a la puerta central, abierta, y mira hacia afuera.*)

WANGEL.—¡Oh, haría con tanto gusto cualquier sacrificio... por las tres! ¡Si supiera cuál!...

(*Ellida entra por la puerta de la izquierda.*)

ELLIDA.—(*A Wangel.*) ¡No salgas esta mañana!

WANGEL.—No, no. Me quedaré en casa contigo. (*Señalando a Arnholm, que se acerca.*) ¿Pero no saludas a nuestro amigo?

ELLIDA.—(*Volviéndose.*) ¡Ah! ¿Está usted aquí, señor Arnholm? (*Dándole la mano.*) Buenos días.

ARNHOLM.—(*A la izquierda de ella.*) Buenos días, señora. Qué, ¿ha estado usted hoy también en el baño?

ELLIDA.—No, no. Hoy no puede ser. ¿Pero no quiere usted sentarse un momento?

ARNHOLM.—No, muchas gracias..., ahora no. (*Mirando a Wangel.*) Les prometí a las muchachas bajar al jardín.

ELLIDA.—Quién sabe si las encontrará usted en el jardín. Yo no sé nunca dónde están.

WANGEL.—Sí, seguramente están hacia el estanque.

ARNHOLM.—¡Oh, ya daré con ellas! (*Se inclina y se va por la terraza, hacia la derecha, en el jardín.*)

ELLIDA.—¿Qué hora es, Wangel?

WANGEL.—(*Mirando el reloj.*) Algo más de las once.

ELLIDA.— ¡Algo más de las once! Y a las once..., once y media esta noche viene el vapor. ¡Oh, si hubiera pasado ya!

WANGEL.— (*Acercándosele.*) Querida Ellida, quisiera dirigirte una pregunta.

ELLIDA.— ¿Qué es?

WANGEL.— Anteayer..., arriba en el Miradero me dijiste... que durante estos tres últimos años le habías visto con frecuencia ante tus ojos.

ELLIDA.— Y es verdad. Puedes creérmelo.

WANGEL.— Bien. ¿Pero cómo le veías?

ELLIDA.— ¿Que cómo le veía?

WANGEL.— Quiero decir... que cómo era cuando te parecía verlo ante ti.

ELLIDA.— Pero, querido Wangel, ahora ya sabes cómo es.

WANGEL.— ¿Lo veías tú así en tus representaciones?

ELLIDA.— Completamente.

WANGEL.— ¿Exactamente como le viste ayer en realidad?

ELLIDA.— Sí, exactamente.

WANGEL.— Entonces, ¿cómo es que no le reconociste enseguida?

ELLIDA.— (*Asombrada.*) ¿No le reconocí?

WANGEL.— No; tú misma dijiste que al principio no sabías quién era el desconocido.

ELLIDA.— (*Perpleja.*) Sí; creo verdaderamente que tienes razón. ¿No te parece extraño, Wangel? ¡Figúrate! ¡No haberlo reconocido enseguida!

WANGEL.— Solo por los ojos, dijiste...

ELLIDA.— ¡Ah, sí! ¡Los ojos, los ojos!

WANGEL.— Sí...; pero en el Miradero me dijiste que se te aparecía tal como era la última vez que le viste; hace diez años.

ELLIDA.— ¿Eso dije?

WANGEL.—Sí.

ELLIDA.—Será porque entonces era poco más o menos como ahora.

WANGEL.—No, no; anteayer, cuando volvíamos a casa, me hiciste de él una descripción completamente distinta. Me dijiste que no tenía barba. Iba vestido de un modo completamente distinto. Y luego el alfiler con la perla... Ayer no la llevaba tampoco.

ELLIDA.—No la llevaba, no.

WANGEL.—(*Mirándola inquisitivamente.*) Piensa un poco, querida Ellida. ¿O es que no te acuerdas ya de cómo era la última vez que le viste?

ELLIDA.—(*Esforzándose por recordar, cierra los ojos después de un momento.*) No lo veo claro. No...; hoy no puedo verlo. ¿No es extraño esto?

WANGEL.—No tan extraño. Es que ahora se te ha aparecido una nueva imagen real. Y esa arroja su sombra sobre la antigua hasta el punto de que no te la deja ver.

ELLIDA.—¿Eso crees, Wangel?

WANGEL.—Sí. Y también sobre tus enfermizas representaciones arroja sus sombras; por eso está bien que haya venido.

ELLIDA.—¡Bueno! ¿Crees tú que eso sea bueno?

WANGEL.—Sí. Es bueno que haya venido...; quizás te trae la salud.

ELLIDA.—(*Sentándose en el sofá.*) Wangel, ven y siéntate aquí a mi lado. Quiero decirte todo lo que pienso.

WANGEL.—Sí, hazlo así, Ellida. (*Se sienta en una silla al otro lado de la mesa.*)

ELLIDA.—Realmente ha sido una desgracia... para los dos... el habernos unido.

WANGEL.—(*Asombrado.*) ¿Qué es lo que dices?

ELLIDA.—Sí, sí. Lo ha sido. ¡Y es natural que lo haya sido! No podía conducir más que a la desdicha, dada la manera como se hizo nuestra unión.

WANGEL.—¿Qué es lo que había que estuviese mal en la manera?...

ELLIDA.—Escúchame, Wangel. No conduce a nada que sigamos engañándonos a nosotros mismos..., y mutuamente.

WANGEL.—¿Es que lo hacemos así? ¿Nos engañamos, dices tú?

ELLIDA.—Sí, eso hacemos. O por lo menos nos ocultamos la verdad. Pues la verdad..., la verdad pura y clara... es que tú fuiste a mí y me compraste.

WANGEL.—¿Que te compré! ¿Dices... que te compré?

ELLIDA.—¿Oh, yo no era mejor que tú! Yo caí también. Me vendí a ti.

WANGEL.—(*Mirándola, dolorido.*) Ellida, ¿tienes corazón para llamarlo así?

ELLIDA.—¿Pero es que hay otro nombre para eso? Tú no podías soportar el vacío de tu casa. Buscaste una segunda mujer...

WANGEL.—Y una segunda madre para las niñas, Ellida.

ELLIDA.—Eso quizás también...; casi en segundo término. Pero tú no sabías si yo servía para ese puesto. No habías hecho más que verme y hablarme un par de veces. Entonces comencé a gustarte, y...

WANGEL.—Sí; dale el nombre que más te plazca.

ELLIDA.—Y yo por mi parte... ¡Me encontraba tan sola, tan desamparada y tan abandonada!... Era natural que aceptase cuando tú llegaste y me ofreciste... mantenerme durante mi vida.

WANGEL.—No lo consideraba yo así, Ellida. Te pregunté si lo poco que yo tenía querías compartirlo conmigo y con las niñas.

ELLIDA.—Es verdad que lo hiciste así. Pero a pesar de eso yo no hubiera debido aceptar. ¡Nunca y por ningún precio hubiera debido aceptarlo! ¡Jamás hubiera debido venderme! Antes el trabajo más penoso..., la vida más miserable..., ¡pero libremente y por propia elección!

WANGEL.—(*Levantándose.*) ¿Es que los cinco..., seis años que vivimos juntos no significan nada para ti?

ELLIDA.—¿Oh, no creas eso, Wangel! En tu casa he vivido como mejor nadie podría vivir en parte alguna. Pero no vine a tu casa por voluntad libre. Esa es la cosa.

WANGEL.—(*Mirándola.*) ¡No viniste por voluntad libre!

ELLIDA.—No. No me fui voluntariamente contigo.

WANGEL.—(*Con voz queda.*) ¡Ah, ya me acuerdo!... La transición de ayer...

ELLIDA.—En esa transición está todo. Ella lo ha aclarado todo. Y por eso ahora lo veo.

WANGEL.—¿Qué es lo que ves?

ELLIDA.—Veo que nuestra vida en común... en el fondo no es un matrimonio.

WANGEL.—(*Amargamente.*) Ahora has dicho la verdad. La vida que ahora hacemos no es un matrimonio.

ELLIDA.—Ni antes tampoco. Nunca. Desde el principio no. (*Mirando a lo lejos.*) El primero..., ese hubiera podido ser un matrimonio verdadero.

WANGEL.—¿El primero? ¿Qué primero?

ELLIDA.—El mío... con él.

WANGEL.—(*La mira asombrado.*) ¡No te entiendo!

ELLIDA.—¡Oh, querido Wangel! ¡No nos engañamos mutuamente! Ni a nosotros mismos tampoco.

WANGEL.—Bien. ¿Pero y qué?

ELLIDA.—¡Ves! No hay manera de destruir el hecho de que una promesa prestada voluntariamente es tan válida como un desposorio.

WANGEL.—¡Pero, por Dios, que...!

ELLIDA.—¡Déjame marcharme, Wangel!

WANGEL.—¡Ellida!... ¡Ellida!

ELLIDA.—Sí, sí, ¡déjame! Créeme; tiene que acabar en eso, por la manera como se hizo nuestra unión.

WANGEL.—(*Con dolor reprimido.*) ¡Hasta esto hemos tenido que llegar!

ELLIDA.—No podía ser de otro modo.

WANGEL.—(*La mira dolorido.*) En nuestra vida en común no he podido ganarte. Nunca..., ¡nunca te he poseído por completo!

ELLIDA.—¡Oh, Wangel, si pudiera amarte con qué gusto no lo haría! ¡Tanto como tú mereces! Pero lo veo claro...; eso no llegará nunca.

WANGEL.—Una separación...; una separación legal es, pues, lo que quieres de mí.

ELLIDA.—No me entiendes, querido. Las formas me preocupan poco. Creo que son cosas exteriores sin importancia. Lo que yo quiero es que nos avengamos a separarnos voluntariamente.

WANGEL.—(*Amargamente.*) Sí..., deshacer el trato.

ELLIDA.—(*Con vehemencia.*) ¡Eso es! Deshagamos el trato.

WANGEL.—¿Y luego, Ellida? ¿Después? ¿Has pensado en lo que va a ser de nosotros? ¿En cómo van a ser tu vida y la mía?

ELLIDA.—Eso es indiferente. Después, que sea lo que quiera. Lo que yo te pido, Wangel..., ¡eso es lo importante! ¡Déjame libre! ¡Devuélveme mi libertad completa!

WANGEL.—Ellida, lo que me pides es una cosa terrible. Déjame, al menos, tiempo para decidirme. Deja que hablemos despacio de ello. Tú misma necesitas algún tiempo para meditar sobre lo que vas a hacer.

ELLIDA.—¡No hay por qué perder tiempo en cosas semejantes! Yo necesito hoy mismo mi libertad.

WANGEL.—¿Por qué hoy precisamente?

ELLIDA.—Porque él viene esta noche.

WANGEL.—(*Consternado.*) ¡Viene! ¡Él! ¿Qué es lo que tiene él que ver?

ELLIDA.—Quiero presentarme ante él con completa libertad.

WANGEL.—¿Pero qué es lo que piensas hacer?

ELLIDA.—No quiero emplear el subterfugio de que soy la mujer de otro..., de que no puedo elegir, porque entonces no sería una decisión.

WANGEL.—¡Hablas de elección! ¡Elección, Ellida! ¡Elección en este asunto!

ELLIDA.—Sí, tengo que poder elegir. Las dos cosas. Necesito poder dejarle que se vaya solo..., y también poder marcharme con él.

WANGEL.—¿Te das cuenta tú misma de lo que dices? ¡Marcharte con él! ¡Poner en sus manos tu destino!

ELLIDA.—¡También lo puse en las tuyas! Y... sin más.

WANGEL.—Quizás... ¡Pero él! ¡Un desconocido! ¡Un hombre de quien tan poco sabes!

ELLIDA.—Acaso sabía menos de ti, y sin embargo me fui contigo.

WANGEL.—Entonces sabías, por lo menos aproximadamente, la clase de vida que te esperaba. ¿Pero ahora? ¡Piénsalo! ¿Qué es lo que sabes ahora? Ni lo más mínimo. Ni siquiera quién es ni lo que es.

ELLIDA.—(*Mirando a lo lejos.*) Es verdad. Pero precisamente eso es lo espantoso.

WANGEL.—Sí, es espantoso...

ELLIDA.—Y por eso mismo siento como si tuviera que ir a ello.

WANGEL.—¿Porque te espera algo espantoso?

ELLIDA.—Sí, precisamente por eso.

WANGEL.—(*Acercándose a ella.*) Oye, Ellida..., ¿qué es lo que entiendes propiamente por espantoso?

ELLIDA.—(*Reflexionando.*) Espantoso es... lo que asusta y atrae.

WANGEL.—¿Atrae también?

ELLIDA.—Sí, eso... sobre todo.

WANGEL.—(*Lentamente.*) Tú eres como el mar...

ELLIDA.—Eso es también lo espantoso.

WANGEL.—Y en ti está también lo espantoso. Tú también asustas y atraes.

ELLIDA.—¿Lo crees así, Wangel?

WANGEL.—No te había penetrado bien nunca, nunca, hasta el fondo. Ahora empiezo a comprenderlo.

ELLIDA.—¡Por eso tienes que devolverme mi libertad! Desligarme de toda relación contigo y con lo que es tuyo. Yo no soy aquella que tú creías. Ahora tú mismo lo ves. Ahora podemos separarnos de común acuerdo y por voluntad libre.

WANGEL.—(*Dolorosamente.*) Quizás fuera lo mejor para ambos... el separarnos. Pero a pesar de todo no puedo hacerlo... Tú eres para mí lo espantoso, Ellida. Y lo que atrae es lo más fuerte en ti.

ELLIDA.—¿Es eso verdad, Wangel?

WANGEL.—Deja que tratemos de salir de estos días difíciles, sin perder la cabeza, sin alterarnos. Hoy no puedo devolverte la libertad ni dejarte marchar. No tengo derecho a ello. No tengo derecho por ti, Ellida. Apelo a mi deber y a mi derecho para protegerte.

ELLIDA.—¿Protegerme? ¿Protegerme contra qué? Si no me amenaza fuerza ni poder alguno de afuera... ¡Lo espantoso está más hondo, Wangel! Lo espantoso está en mí misma. Y contra eso, ¿qué podrías hacer?

WANGEL.—Puedo fortalecerte y apoyarte en la lucha.

ELLIDA.—Sí..., si yo quisiera luchar contra ello.

WANGEL.—¿Es que no quieres?

ELLIDA.—¡Eso es lo que ni yo misma sé!

WANGEL.—Esta noche se decidirá todo, Ellida querida...

ELLIDA.—(*Gritando de pronto.*) ¡Oh, pensar que la decisión está tan cerca! ¡La decisión para toda la vida!

WANGEL.—Y luego, mañana...

ELLIDA.—¡Sí, mañana! ¡Mañana quizás se haya perdido mi verdadero porvenir!

WANGEL.—¡Tu verdadero...!

ELLIDA.—Perdida toda mi vida de libertad..., ¡perdida, perdida para mí! Y acaso también para él.

WANGEL.—(*En voz baja, cogiéndola por la muñeca.*) Ellida..., ¿amas a ese hombre?

ELLIDA.—¿Si le...? ¡Yo qué sé! No sé más que él es para mí lo espantoso y que...

WANGEL.—¿Y qué?...

ELLIDA.—Y que... me parece que le pertenezco. (*Soltándose.*)

WANGEL.—Empiezo a entenderlo casi todo.

ELLIDA.—¿Y qué remedio encuentras para ello? ¿Qué me aconsejas?

WANGEL.—(*Contemplándola tristemente.*) Bien; mañana se habrá ido. Luego se habrá apartado de tu cabeza la desgracia, y yo tendré que dejarte en libertad. Entonces desharemos el trato, Ellida.

ELLIDA.—¡Oh, Wangel! ¡Mañana es demasiado tarde!

WANGEL.—(*Mirando hacia el jardín.*) ¡Las niñas, las niñas! ¡Tengamos al menos consideración para ellas... por ahora!

(*Por la derecha del jardín se ve a Arnholm, Bolette, Hilde y Lyngstrand. Lyngstrand se despide y se va por la izquierda; los demás entran en la habitación.*)

ARNHOLM.—¡Vaya unos planes que hemos hecho!...

HILDE.—Esta tarde queremos salir al *fjord*.

BOLETTE.—¡No, no digas nada!

WANGEL.—Nosotros dos hemos hecho planes también.

ARNHOLM.—¿De veras?

WANGEL.—Mañana se va Ellida a Skjoldvik... por algún tiempo.

BOLETTE.—¿Se va?...

ARNHOLM.—Eso me parece muy razonable, señora Wangel.

WANGEL.—Ellida quiere volver a su casa; es decir, al mar.

HILDE.—(*Saltando hacia Ellida.*) ¡Te vas! ¡Te vas de con nosotras!

ELLIDA.—(*Asustada.*) ¡Pero Hilde! ¿Qué es eso?

HILDE.—(*Conteniéndose.*) ¡Oh, no es nada! (*A media voz, apartándose de ella.*) ¡Márchate si quieres!

BOLETTE.—(*Con temor.*) Padre..., lo veo bien...; tú te vas también... a Skjoldvik.

WANGEL.—¿Cómo que?... ¡No, de ningún modo! La visitaré de cuando en cuando...

BOLETTE.—¿Y nosotras?...

WANGEL.—Os visitaré también...

BOLETTE.—Sí, de cuando en cuando.

WANGEL.—Tiene que ser así, hija mía. (*Se va hacia el fondo del cuarto.*)

ARNHOLM.—(*En voz baja.*) Ya hablaremos más tarde, Bolette. (*Se va hacia Wangel y habla con él en voz baja, en la puerta.*)

ELLIDA.—(*A media voz, a Bolette.*) ¿Qué le pasaba a Hilde? Parecía completamente trastornada.

BOLETTE.—¿Nunca has notado qué es lo que Hilde ansía constantemente?

ELLIDA.—¿Ansía?

BOLETTE.—Desde que viniste a casa.

ELLIDA.—No, no. ¿Qué es ello?

BOLETTE.—Una sola palabra amable tuya.

ELLIDA.—¡Oh!... ¿Habría aquí acaso una misión para mí? (*Se lleva las manos a la cabeza y mira a lo lejos, como luchando con ideas y sentimientos contradictorios.*)

(*Wangel y Arnholm pasean conversando en voz baja. Bolette mira a la habitación de la derecha, y luego abre la puerta y dice:*)

BOLETTE.—La comida está en la mesa... Querido papá..., si tú...

WANGEL.—(*Luchando por dominarse.*) ¿De veras, hija mía? Eso está bien. Haga el favor, Arnholm. Entremos y bebamos una copa de despedida con... la dama del mar.

(Salen por la derecha.)

ACTO QUINTO

El mismo trozo de jardín que en el acto tercero. Crepúsculo. Va aumentando la oscuridad. Arnholm, Bolette, Lyngstrand e Hilde vienen por la izquierda, en un bote; luego Ballested.

HILDE.—¡Eh, aquí podemos saltar muy bien a tierra!

ARNHOLM.—¡No, no haga usted eso!

LYNGSTRAND.—Señorita, yo no puedo saltar.

ARNHOLM.—Yo prefiero que lo dejemos.

BOLETTE.—Entonces desembarquemos en la escalera del balneario.

(Siguen hacia la derecha.)

BALLESTED.—*(Aparece por el sendero de la derecha; trae cuadernos de notas y un cuerno de caza. Saluda a los del bote y habla con ellos; las respuestas van sonando cada vez más lejos.)* ¿Qué dice usted?... Claro que es a causa del vapor inglés... Porque es la última vez que viene este año... Pero si quieren ustedes oír la música no deben tardar mucho... ¿Cómo? *(Moviendo la cabeza.)* No puedo oír lo que usted dice.

(Ellida, con una manteleta sobre la cabeza, viene por la izquierda acompañada del doctor Wangel.)

WANGEL.—Te aseguro que tenemos tiempo de sobra todavía.

ELLIDA.—No, no; no es verdad. Puede venir a cada momento.

BALLESTED.—(*Al otro lado de la valla.*) ¡Buenas tardes, señor doctor!
¡Buenas tardes, señora!

WANGEL.—¡Ah, es usted! ¿Se hace aquí música esta noche?

BALLESTED.—Sí, la Sociedad «El Cuerno» tiene la intención de hacerse oír. En este tiempo tenemos pocas ocasiones. Esta noche será en honor del vapor inglés.

ELLIDA.—¡El inglés! ¿Es que está ya a la vista?

BALLESTED.—Todavía no. Pero viene por entre las islas. Antes de que uno se dé cuenta ya está ahí.

ELLIDA.—Sí, es verdad.

WANGEL.—(*A Ellida.*) Esta noche es el último viaje. Ya no volverá más.

BALLESTED.—Eso es muy triste, señor doctor. Pero precisamente por ello queremos honrarle como he dicho. ¡Sí, sí! El verano está ya terminado. Pronto estarán cerradas todas las vías marítimas, como se dice en la tragedia.

ELLIDA.—Sí...; todas las vías marítimas cerradas.

BALLESTED.—Es triste tener que pensarlo. Durante semanas y meses hemos vivido alegres el verano. Y ahora resulta difícil hacerse a la oscuridad. Al principio quiero decir. Porque el hombre puede aclimatarse, señora Wangel. Puede, puede. (*Saluda y se va por la izquierda.*)

ELLIDA.—(*Mirando hacia el fjord.*) ¡Oh, esta terrible espera! ¡Esta media hora antes de la decisión!

WANGEL.—¿Sigues firme en que quieres hablar tú misma con él?

ELLIDA.—Sí; quiero hablar yo misma con él. Porque quiero hacer libremente mi elección.

WANGEL.—Ellida, tú no puedes elegir. No te doy el derecho de elegir.

ELLIDA.—El que elija no puedes impedírmelo. Ni tú ni nadie. Podrás prohibirme que... me vaya con él..., que viaje con él..., en el caso de que eligiera eso. Podrás retenerme por la violencia, contra mi voluntad. Eso puedes hacerlo. Pero que yo elija..., que en lo más íntimo de mi alma

elija..., que le elija a él y no a ti..., si quiero y debo elegir así, eso no podrás impedirlo.

WANGEL.—Ahora tienes razón. No, eso no podré impedirlo.

ELLIDA.—Y luego no cuento con nada que me ayude a resistir. Aquí no hay ni lo más mínimo que me ate. En tu casa no he echado raíz alguna, Wangel. Tus hijas no me pertenecen; su corazón, quiero decir. No lo he poseído nunca. Si me marchó..., si me marchó esta noche con él o mañana a Skjoldvik, no tendré que entregar ni una llave ni que dejar la menor orden. Hasta tal punto vivo desarraigada en tu casa. De tal manera he sido como una extraña desde el primer momento.

WANGEL.—Tú misma lo quisiste así.

ELLIDA.—No, yo no lo quise así. Ni lo quise ni dejé de quererlo. No hice más que dejarlo todo tal como lo encontré el primer día. Tú fuiste..., y nadie más, quien quiso que fuera así.

WANGEL.—Yo creía que era lo mejor para ti.

ELLIDA.—¡Oh, eso lo sé muy bien, Wangel! Pero ahora parece como que hay algo que se venga. Porque ahora no hay aquí nada que tenga fuerza para ligarme..., ningún apoyo para mí..., ningún auxilio...; me falta todo amor para lo que hubiera debido ser nuestra más íntima vida.

WANGEL.—Lo veo muy claro, Ellida. Y por eso desde mañana tendrás libertad completa. Desde mañana podrás vivir tu propia vida.

ELLIDA.—¡Y a eso lo llamas mi propia vida! ¡Oh, no; mi propia vida, la verdadera, salió de sus carriles cuando consentí en unirme contigo! (*Retorciéndose las manos con terror y angustia.*) Y ahora..., dentro de una hora..., vendrá él, aquel a quien yo he sido infiel..., aquel a quien yo debiera haber guardado la misma fe que él a mí. Ahora viene y me ofrece por última y única vez..., me ofrece vivir de nuevo la vida, mi propia vida, la verdadera..., la vida que espanta y atrae...

WANGEL.—Precisamente por eso es necesario que tu marido y tu médico... te quite el arbitrio y obre por ti.

ELLIDA.—Sí, Wangel, lo comprendo. ¡Oh, créeme que hay momentos en que me parece que encontraría la paz y la salvación en poder refugiarme

en ti... y tratar de huir a todos los poderes que espantan y atraen! Pero tampoco eso puedo hacerlo. ¡No, no, no puedo!

WANGEL.— Ven, Ellida; vamos a pasear un poco.

ELLIDA.— Con gusto lo haría. Pero no puedo..., pues él dijo que debía esperarle aquí.

WANGEL.— Ven, ven. Te sobra tiempo todavía.

ELLIDA.— ¿Lo crees así?

WANGEL.— Te digo que tiempo de sobra.

ELLIDA.— Entonces paseemos un poco. (*Salen por el fondo, a la derecha.*)

(*Arnholm y Bolette vienen por la derecha de atrás de la orilla opuesta del estanque.*)

BOLETTE.— (*Viendo a los que salen.*) ¡Vea usted!...

ARNHOLM.— (*En voz baja.*) ¡Silencio! Déjelos usted.

BOLETTE.— ¿Comprende usted lo que pasa entre ellos estos últimos días?

ARNHOLM.— ¿Ha notado usted algo?

BOLETTE.— ¿Que si he notado algo?

ARNHOLM.— Algo de particular.

BOLETTE.— Varias cosas. ¿Usted no?

ARNHOLM.— No sé bien...

BOLETTE.— Claro que ha tenido usted que notar algo. Solo que no lo quiere decir.

ARNHOLM.— Yo creo que a su madrastra le haría bien ese viaje.

BOLETTE.— ¿Lo cree usted?

ARNHOLM.— Sí; casi me parece que sería lo mejor para todos el que saliera de vez en cuando.

BOLETTE.— Si se marcha mañana a Skjoldvik, no volverá más.

ARNHOLM.—Pero, querida Bolette, ¿cómo se le ha ocurrido a usted eso?

BOLETTE.—Estoy segura de ello. Aguarde usted si no. Ya verá usted cómo no vuelve. Por lo menos, mientras Hilde y yo estemos en casa.

ARNHOLM.—¿También Hilde?

BOLETTE.—Con Hilde es posible que las cosas se arreglasen, porque en el fondo no es más que una niña todavía, y además adora en Ellida. Pero conmigo ya es otra cosa. Una madrastra que no es mayor que una misma...

ARNHOLM.—Querida Bolette, quizás no pasará mucho tiempo hasta que usted se vaya.

BOLETTE.—(*Con vehemencia.*) ¿Qué dice usted! ¿Ha hablado usted de eso con papá?

ARNHOLM.—Sí, también hablé con él.

BOLETTE.—¿Y qué ha dicho?

ARNHOLM.—¡Oh, su padre está estos días tan ocupado con otras cosas!...

BOLETTE.—Eso ya lo decía yo.

ARNHOLM.—Pero por lo menos he podido sacarle lo bastante para deducir que no puede usted contar con su ayuda.

BOLETTE.—¿No?

ARNHOLM.—Habló detalladamente de su situación conmigo. Y dice que una cosa por el estilo es imposible para él.

BOLETTE.—(*Reprochándole.*) Y luego tiene usted valor para venir burlándose de mí.

ARNHOLM.—No me burlaba de ningún modo. Solo de usted depende... el salir o no salir de aquí.

BOLETTE.—¿Qué es lo que dice usted que depende de mí?

ARNHOLM.—El salir al mundo, adonde pueda usted aprender todas las cosas que desea. Participar en todo lo que usted ansía aquí en casa. Vivir en condiciones más favorables. ¿Qué dice usted a eso?

BOLETTE.—(*Juntando las manos.*) ¡Oh, Dios mío! Pero eso es imposible. Si papá no puede ni quiere... Porque no tengo nadie más en el mundo a quien pudiera dirigirme.

ARNHOLM.—¿Es que no querría usted aceptar una pequeña ayuda de... su antiguo maestro?

BOLETTE.—¿De usted, señor Arnholm? Sería usted capaz...

ARNHOLM.—¿De auxiliarla a usted? Con el mayor placer. Con el consejo lo mismo que con obras. Esté usted segura de ello. ¿Quiere usted, pues? ¿Eh? ¿Consiente usted?

BOLETTE.—¡Que si consiento! ¡Salir de aquí! ¡Ver el mundo..., aprender a conciencia! ¡Todas esas cosas que yo no pensaba más que como en un hermoso sueño!...

ARNHOLM.—Pues bien: todo eso puede hacerse realidad para usted... con solo que usted quiera.

BOLETTE.—¿Y usted quiere ayudarme a conseguir toda esa dicha indecible? ¡Oh, no! Pero dígame usted: ¿es que puedo aceptar un sacrificio semejante de un extraño?

ARNHOLM.—De mí puede usted aceptarlo, Bolette. De mí puede usted aceptar eso y todo.

BOLETTE.—(*Cogiendo sus manos.*) ¡Oh, sí; casi estoy por creer que puedo aceptarlo! No sé cómo es, pero... ¡Oh, podía reír y llorar de alegría! ¡De dicha!... De modo que por fin voy a vivir de veras... Ya empezaba a temer que la vida pasase para mí sin que pudiese conocerla.

ARNHOLM.—De eso no tiene usted que tener miedo, querida Bolette. Pero ahora quiero que me diga usted... si hay algo..., algo que la ligue aquí.

BOLETTE.—¿Que me ligue? No, nada.

ARNHOLM.—¿Absolutamente nada?

BOLETTE.—No, nada. Es decir, papá me contiene en cierto modo, e Hilde también; pero...

ARNHOLM.—De todos modos, a su padre tendrá usted que abandonarlo más tarde o más temprano. E Hilde irá con el tiempo a su propio camino en la vida. Esto no es más que una cuestión de tiempo. ¿No hay, pues, ninguna otra cosa que la ligue a usted? ¿Ninguna relación de cualquier género?

BOLETTE.—Ninguna. En cuanto a eso puedo marcharme cuando me parezca bien.

ARNHOLM.—Pues si ello es así, querida Bolette..., se marchará usted conmigo.

BOLETTE.—(*Palmoteando.*) ¡Oh, Dios mío, qué dicha el pensarlo!

ARNHOLM.—Espero que tendrá usted plena confianza en mí.

BOLETTE.—La tengo completa.

ARNHOLM.—¿Se atreve usted, pues, a confiar en mis manos a sí misma y todo su porvenir? ¿Verdad que se atreve usted?

BOLETTE.—¡Sin duda! ¿Por qué no había de confiar en usted? Usted, mi viejo maestro..., quiero decir, el que fue mi maestro.

ARNHOLM.—No es por eso solamente. A ese aspecto de la cuestión no le doy yo gran importancia. Pero... ahora... es usted libre, Bolette. Nada hay que la ate a usted. Y yo le pregunto... si quiere usted... unirse conmigo para toda la vida.

BOLETTE.—(*Retrocede asustada.*) ¡Oh!, ¿qué es lo que dice usted?

ARNHOLM.—Para toda la vida, Bolette. ¿Quiere usted ser mi mujer?

BOLETTE.—(*A media voz.*) ¡No, no, no! ¡Eso es imposible! Del todo.

ARNHOLM.—¿De veras es imposible para usted?...

BOLETTE.—No; no puede usted pensar eso en serio, señor Arnholm. (*Mirándole.*) O... acaso... ¿Era eso lo que usted pensaba al ofrecirme hacer tanto por mí?

ARNHOLM.—Ahora es preciso que me oiga usted un poco, Bolette. Parece que la he sorprendido a usted.

BOLETTE.—¿Pero cómo no iba a sorprenderme una cosa semejante... de usted?

ARNHOLM.—Puede ser que tenga usted razón. Usted no sabía..., no podía usted saberlo, que yo había venido aquí por usted.

BOLETTE.—¿Ha venido usted... por mí?

ARNHOLM.—Sí; así es, Bolette. En la primavera recibí una carta de su padre de usted, y en ella había un pasaje que me hacía esperar que usted conservaba de su antiguo maestro un recuerdo más que amistoso.

BOLETTE.—¿Cómo es posible que papá escribiera cosas semejantes?

ARNHOLM.—Él no lo había dicho en ese sentido. Pero yo me acostumbré a la idea de que aquí había una mujer que aguardaba mi regreso... No, no me interrumpa usted ahora, querida Bolette. Y... compéndalo usted...: cuando, como yo, se ha pasado de la juventud propiamente dicha, una creencia..., una imaginación semejante..., hace una profunda impresión. Se despertó en mí una apasionada..., una agradecida inclinación hacia usted, Bolette. Me parecía que debía venir aquí..., volver a verla... Decirla que compartía los sentimientos que yo me figuraba que usted sentía por mí.

BOLETTE.—¡Pero ahora que ya sabe usted que no era así; que era una equivocación!...

ARNHOLM.—Eso no remedia nada, Bolette. Su imagen tendrá para mí en adelante los colores y el carácter que le prestó aquella equivocación. Acaso no lo comprenda usted, pero ello es así.

BOLETTE.—No hubiera nunca creído que pudieran pasar cosas semejantes.

ARNHOLM.—Pero después que ha visto usted que no es imposible, ¿qué dice usted, Bolette? ¿No podría usted decidirse... a ser mi mujer?

BOLETTE.—¡Oh, me parece tan imposible!... ¡Con usted que ha sido mi maestro! No puedo figurarme estando frente a usted en otra relación.

ARNHOLM.—Bien; si usted de veras cree que no puede en absoluto... Entonces nuestras relaciones seguirán siendo las mismas, querida Bolette.

BOLETTE.—¿Qué quiere usted decir?

ARNHOLM.—Yo mantengo, naturalmente, mi promesa. Yo cuidaré de que usted pueda salir de aquí y ver el mundo. De que aprenda usted algo para lo que tenga verdadera afición, y vivir en situación segura e indepen-

diente. Y por su porvenir he de cuidar también. En mí ha de tener usted siempre un buen amigo. De eso puede usted estar segura.

BOLETTE.—Pero todo eso se ha hecho imposible.

ARNHOLM.—¿También eso es imposible?

BOLETTE.—Puede usted figurárselo. ¡Después de lo que usted me ha dicho... y de la respuesta que yo le he dado!... ¡Usted mismo tiene que ver que ahora no puedo aceptar de usted tanto como me ofrece! ¡Ni lo más mínimo puedo aceptar de usted, después de lo que ha ocurrido!

ARNHOLM.—¿Entonces prefiere usted quedarse en su casa y dejar que la vida pase por delante de usted sin conocerla ni probarla?

BOLETTE.—¡Oh, el pensar eso es también tan terrible!...

ARNHOLM.—¿Quiere usted renunciar a ver el mundo? ¡Saber que hay tantas cosas y no llegar nunca a conocerlas! Piénselo usted bien, Bolette.

BOLETTE.—Sí, sí; le sobra a usted razón, señor Arnholm.

ARNHOLM.—Y luego..., el día que su padre falte..., encontrarse acaso sola y sin amparo en el mundo. O quizás entregarse a otro hombre por el cual... tampoco sienta usted amor alguno.

BOLETTE.—Sí; bien veo cuánta razón tiene usted... en lo que dice. Y sin embargo..., o quizás...

ARNHOLM.—(*Rápidamente.*) Y bien...

BOLETTE.—(*Mirándole dubitativamente.*) Acaso no fuera tan imposible...

ARNHOLM.—¿El qué, Bolette?

BOLETTE.—Quizás sería posible... consentir... en lo que usted me ha propuesto.

ARNHOLM.—¿Cree usted que acaso...? ¿Que por lo menos querrá usted darme la alegría de dejar que la ayude como un fiel amigo?

BOLETTE.—¡No, no! ¡Eso nunca! ¡Eso sería imposible! No..., Arnholm...; para eso prefiero que me tome usted...

ARNHOLM.—¡Bolette! ¿Quiere usted de veras?

BOLETTE.—Sí..., me parece... que quiero.

ARNHOLM.—¿Quiere usted, pues, ser mi mujer?

BOLETTE.—Sí, si usted cree... que puedo serlo.

ARNHOLM.—¡Sí, yo creo!... (*Cogiendo su mano.*) ¡Oh, gracias!... ¡Gracias, Bolette! Lo demás..., su indecisión no me asusta. Si ahora no poseo por entero su corazón, ya sabré conquistarlo. ¡Oh, Bolette, la haré a usted feliz como una reina!

BOLETTE.—Y podré ver el mundo. Podré vivir la vida. Me lo ha prometido usted.

ARNHOLM.—Y mantengo mi promesa.

BOLETTE.—Y podré aprender todo lo que deseo.

ARNHOLM.—Yo mismo seré su maestro. Como en otros tiempos. Acuérdesse del último año de nuestras lecciones.

BOLETTE.—(*Sosegadamente y sumida en sus reflexiones.*) ¡Oh, solo de pensarlo...! ¡Verse libre..., ir a lo desconocido!... Y no tener que preocuparse del porvenir. No tener que vivir pendiente de cómo se habrá de salir adelante...

ARNHOLM.—No; en cosas semejantes no tendrá usted que emplear un solo pensamiento. Y... ¿verdad, Bolette querida?... Eso es también algo.

BOLETTE.—Sí que lo es. Sin duda lo es.

ARNHOLM.—(*Pasando el brazo alrededor de su talle.*) ¡Oh, ya verá usted qué cómoda y qué simpática será nuestra casa! ¡Y qué bien nos entenderemos los dos, Bolette!

BOLETTE.—Sí, empiezo a... Creo que... se arreglará bien. (*Mira hacia la derecha y se suelta rápidamente.*) ¡Oh, pero no diga usted nada!

ARNHOLM.—¿Qué es eso, querida?

BOLETTE.—¡Oh, el pobre!... Mire usted hacia allí.

ARNHOLM.—¿Su padre?...

BOLETTE.—No, el escultor. Allí va con Hilde.

ARNHOLM.—¡Hum! Lyngstrand. ¿Qué es lo que pasa con él?

BOLETTE.— Ya sabe usted lo débil y lo enfermizo que es.

ARNHOLM.— Sí, a lo mejor no son más que figuraciones.

BOLETTE.— ¡Oh, no; es, desgraciadamente, verdad! No ha de vivir mucho tiempo. Por más que acaso sea lo mejor para él.

ARNHOLM.— ¿Por qué ha de ser lo mejor?

BOLETTE.— Porque... porque no ha de hacer nunca nada con su arte... Vayámonos antes de que vengan.

ARNHOLM.— Con toda mi alma, querida Bolette. (*Se van hacia la izquierda.*)

(*Se ve venir a la derecha por el estanque a Hilde y a Lyngstrand.*)

HILDE.— ¡Eh, eh! ¿No quieren los señores esperar por nosotros?

ARNHOLM.— Preferimos ir un poco adelante. (*Se van los dos.*)

LYNGSTRAND.— (*Ríe con risa sosegada.*) Esto es admirable. Todas las gentes andan aquí en parejas. Siempre, dos a dos.

HILDE.— (*Siguiéndoles con la vista.*) Me atrevería a jurar que se le está declarando.

LYNGSTRAND.— ¿Sí? ¿Ha notado usted algo?

HILDE.— Ya lo creo. Eso no es difícil... cuando se tienen los ojos abiertos.

LYNGSTRAND.— Pero Bolette no le acepta; estoy seguro de ello.

HILDE.— No, porque le parece que se ha puesto terriblemente viejo. Y además cree que se va a quedar calvo enseguida.

LYNGSTRAND.— No solo por eso. Aunque no fuera así, no le aceptaría.

HILDE.— ¿Y usted qué sabe?

LYNGSTRAND.— Porque hay otro a quien ella ha prometido pensar en él.

HILDE.— ¿Nada más que pensar en él?

LYNGSTRAND.— Mientras él está ausente.

HILDE.—¡Oh!, entonces es usted en quien debe pensar.

LYNGSTRAND.—Es posible.

HILDE.—¿Se lo ha prometido a usted?

LYNGSTRAND.—Sí; figúrese usted, me lo ha prometido. Pero no le diga usted que lo sabe.

HILDE.—¡Que Dios selle mi boca! Seré muda como una tumba.

LYNGSTRAND.—¡Oh, es tan simpático de su parte!

HILDE.—¿Se prometerá usted con ella cuando regrese? ¿Y luego se casará usted?

LYNGSTRAND.—No; eso no podrá arreglarse, pues durante los primeros años no estaré en situación de pensar en tales cosas. Y cuando pueda hacerlo será ya demasiado vieja para mí.

HILDE.—¿Y a pesar de eso pide usted que piense en usted constantemente?

LYNGSTRAND.—Sí; eso es conveniente para mí. Como artista, ¿sabe usted? Y ella puede hacerlo fácilmente, porque no tiene ninguna profesión propiamente. Pero, sin embargo, está muy bien de su parte.

HILDE.—¿Es que cree usted que podrá trabajar mejor en su arte si Bolette piensa en usted?

LYNGSTRAND.—Sí que lo creo... Saber que en un rincón del mundo hay una mujer joven y delicada que en su soledad tranquila sueña con uno... Me parece que una cosa semejante tiene que ser... algo así... No sé bien cómo llamarla.

HILDE.—¿Quiere usted decir estimulante?

LYNGSTRAND.—¿Estimulante? Eso es. Estimulante es lo que yo quería decir, o cosa parecida. (*Mirándola un rato.*) Usted es tan inteligente, señorita Hilde... Enormemente inteligente es usted. Cuando yo vuelva tendrá usted aproximadamente la edad que ahora su hermana. Y acaso se parezca usted entonces a su hermana ahora. Y quizás tendrá usted la misma manera de ser que su hermana ahora. Quizás sea usted misma y ella... al mismo tiempo.

HILDE.—¿Le gustaría a usted eso?

LYNGSTRAND.—No lo sé bien. Sí, casi creo que sí. Pero ahora..., este verano, me gusta más que siga usted siendo como es. Tal como es.

HILDE.—¿Es así como le gusta a usted más?

LYNGSTRAND.—Sí, así me gusta usted extraordinariamente.

HILDE.—¡Hum!... Dígame usted. Como artista..., ¿le gusta a usted que en el verano lleve siempre vestidos claros?

LYNGSTRAND.—Me gusta muchísimo.

HILDE.—¿De modo que cree usted que me sientan bien los colores claros?

LYNGSTRAND.—Sí; para mi gusto lo claro le sienta a usted maravillosamente.

HILDE.—Pero, dígame usted... Como artista..., ¿cómo cree usted que estaría de negro?

LYNGSTRAND.—¿De negro, señorita?

HILDE.—Sí, toda de negro. ¿Cree usted que me estaría bien?

LYNGSTRAND.—Lo negro, en realidad, no es para el verano. Pero seguramente que de negro estaría usted admirablemente. Precisamente para usted...

HILDE.—De negro hasta el cuello... Una cinta negra alrededor del cuello... Guantes negros... Y por detrás un velo negro muy largo.

LYNGSTRAND.—Si se vistiese usted así, quisiera ser pintor... para pintar una viuda triste, joven y hermosa.

HILDE.—O una novia joven y alegre.

LYNGSTRAND.—Eso todavía mejor. ¿Pero no querrá usted vestirse así?

HILDE.—No sé. Pero me parece que eso es estimulante.

LYNGSTRAND.—¿Estimulante?

HILDE.—Para pensarlo, sí. (*Señalando a la izquierda hacia el mar.*) ¡Vea usted lo que viene allí!

LYNGSTRAND.—(*Mirando en la misma dirección.*) ¡El vapor inglés!
¡Y llegando al desembarcadero!

(*Wangel y Ellida vienen por el estanque a la derecha.*)

WANGEL.—No; te aseguro, querida Ellida, que te equivocas. (*Viendo a los otros dos.*) ¡Oh! ¿Estáis aquí? ¿Verdad, señor Lyngstrand, que no está todavía a la vista?

LYNGSTRAND.—¿Qué? ¿El inglés?

WANGEL.—Sí.

LYNGSTRAND.—Mírelo usted allí, señor doctor.

ELLIDA.—¡Oh!... Ya lo sabía.

WANGEL.—Ya está ahí.

LYNGSTRAND.—Puede decirse que ha llegado como un ladrón nocturno. Tan silencioso y tan sin ruido...

WANGEL.—Acompañe usted a Hilde al desembarcadero. ¡Dese usted prisa! Ella querrá oír la música, de seguro.

LYNGSTRAND.—Estábamos pensando precisamente en irnos hacia allá, señor doctor.

WANGEL.—Nosotros iremos luego. Pronto iremos.

HILDE.—(*En voz baja a Lyngstrand.*) Esos dos andan también emparejados. (*Se van a través del jardín por la izquierda. Durante lo que sigue, música en el fjord.*)

ELLIDA.—¡Ha venido! ¡Está aquí! Sí, sí..., lo siento.

WANGEL.—Mejor será que te vayas a casa, Ellida. Deja que le hable yo.

ELLIDA.—¡Oh, no; eso es imposible! ¡Imposible te digo! (*Da un grito.*) ¡Oh! ¿No lo ves, Wangel?

(*El forastero aparece por la izquierda y se queda en el sendero, fuera de la valla.*)

EL FORASTERO.—(*Saludando.*) Buenas tardes. Aquí me tienes de nuevo, Ellida.

ELLIDA.—Sí, sí; ahora ha llegado la hora.

EL FORASTERO.—¿Estás preparada para la marcha, o no lo estás?

WANGEL.—Ya puede usted ver que no lo está.

EL FORASTERO.—No me refiero a los vestidos de viaje o cosas semejantes, ni tampoco a los baúles. Todo lo que necesita para el viaje lo tengo ya a bordo. También he pedido un camarote para ella. (*A Ellida.*) Lo que te pregunto es si estás preparada a seguirme..., a seguirme por tu propia voluntad.

ELLIDA.—¡Oh, no me pregunte usted! ¡No me tienta usted!

(*Se oye a alguna distancia la campana del vapor.*)

EL FORASTERO.—Acaba de sonar por primera vez la campana de a bordo. Ahora tienes que decir sí o no.

ELLIDA.—(*Retorciéndose las manos.*) ¡Una decisión, una decisión! ¡Una decisión para toda la vida! ¡No poder volverse atrás nunca!

EL FORASTERO.—¡Nunca! Dentro de media hora será ya demasiado tarde.

ELLIDA.—(*Mirándole fijamente.*) ¿Por qué tiene usted ese empeño en que me vaya con usted?

EL FORASTERO.—¿Es que no sientes tú, como yo, que nos pertenecemos mutuamente?

ELLIDA.—¿Por causa de aquella promesa quiere usted decir?

EL FORASTERO.—Las promesas no ligan a nadie; ni al hombre ni a la mujer. Si yo te busco con este empeño es porque no puedo hacerlo de otro modo.

ELLIDA.—(*En voz baja y palpitante.*) ¿Por qué no vino usted antes?

WANGEL.—¡Ellida!

ELLIDA.—(*Con vehemencia.*) ¡Oh!... ¡Lo que incita y atrae... allá a lo desconocido! ¡Toda la fuerza del mar está en él!

(*El forastero salta al jardín.*)

ELLIDA.—(*Retrocediendo y colocándose detrás de Wangel.*) ¿Qué es eso; qué quiere usted?

EL FORASTERO.—Ya lo veo..., y ya te oigo, Ellida... ¡Por fin es a mí a quien eliges!

WANGEL.—(*Saliéndole al encuentro.*) Mi esposa no tiene aquí elección ninguna. Yo estoy encargado de elegir por ella, así como de protegerla. Sí, protegerla. Si usted no desaparece... para no volver nunca..., ¿sabe usted a lo que se expone?

ELLIDA.—¡No, no, Wangel; eso no!

EL FORASTERO.—¿Qué quiere usted hacerme?

WANGEL.—Haré que le prendan a usted como a un delincuente. ¡Enseguida! Antes de que se haya ido usted a bordo, porque conozco perfectamente la historia de la muerte aquella en Skjoldvik.

ELLIDA.—¡Wangel!... ¿Cómo puedes ser capaz...?

EL FORASTERO.—Con eso había contado ya, y por eso (*Sacando un revólver del bolsillo*), por eso me he provisto de esto.

ELLIDA.—(*Colocándose ante Wangel.*) ¡No, no; no le mates! ¡Mátame a mí primero!

EL FORASTERO.—Ni a ti ni a él. Estate tranquila. Está destinado para mí, porque yo quiero vivir y morir como hombre libre.

ELLIDA.—(*Con excitación creciente.*) ¡Wangel!... ¡Déjame decírtelo..., decírtelo de modo que él lo oiga! ¡Puedes, si quieres, retenerme aquí! Para ello tienes medios y poder, ¡y lo harás de seguro! ¡Pero mi alma..., mis pensamientos..., mis ansias todas y mis anhelos..., esos no podrás encadenarlos! ¡Esos ansiarán y lucharán... por lo desconocido que allá afuera alienta..., para lo que yo había nacido..., y que tú has cerrado para mí!

WANGEL.—(*Con sosegado dolor.*) Lo veo bien, Ellida. Paso a paso te voy perdiendo. Tu ansia hacia lo infinito y lo ilimitado..., hacia lo inalcanzable..., sumirá en oscura noche a tu alma.

ELLIDA.—¡Sí, sí; lo siento sobre mí! ¡Como un peso silencioso y oscuro!

WANGEL.—Eso hay que impedirlo. Y no hay otra salvación. Por lo menos yo no veo otra. Y por eso..., por eso... deshago aquí mismo el trato... Y ahora puedes elegir tu camino... con plena..., plena libertad.

ELLIDA.—(*Lo mira asombrada y sin habla un momento.*) ¿Es verdad..., es verdad... lo que dices? ¿Lo piensas así? ¿Lo piensas así en lo más íntimo de tu corazón?

WANGEL.—Sí; en lo más íntimo de mi corazón dolorido lo pienso así.

ELLIDA.—¿Y podrás hacerlo? ¿Serás capaz de hacerlo?

WANGEL.—Sí; puedo hacerlo. Lo puedo..., porque te quiero tan hondamente...

ELLIDA.—(*Palpitante y con voz queda.*) ¿Tan honda..., tan honda en tu corazón... me tienes?

WANGEL.—Eso lo han hecho los años y nuestra vida en común.

ELLIDA.—(*Retorciéndose las manos.*) ¡Y yo que no lo veía!

WANGEL.—Tus pensamientos iban por otro camino. Pero ahora..., ahora estás completamente desligada de mí y de todo lo que me pertenece. Ahora puede volver tu verdadera vida a sus carriles, pues ahora puedes elegir con plena libertad y bajo tu propia responsabilidad, Ellida.

ELLIDA.—(*Se coge la cabeza con las manos y mira hacia Wangel.*) ¡Con libertad y... bajo mi propia responsabilidad! ¿También responsabilidad?... Esto es lo que determina... el cambio.

(*Suena otra vez la campana del vapor.*)

EL FORASTERO.—¿Oyes, Ellida? ¡Suena por última vez! Vámonos.

ELLIDA.—(*Se vuelve hacia él, le mira con fijeza y con voz entera dice*): ¡Después de lo que ha ocurrido, jamás iré con usted!

EL FORASTERO.—¿No vienes?

ELLIDA.—(*Cogiéndose a Wangel.*) ¡Oh, jamás te abandonaré, después de lo que ha ocurrido!

WANGEL.—¡Ellida, Ellida!

EL FORASTERO.—¿De modo que se ha acabado todo?

ELLIDA.—Se ha acabado para siempre.

EL FORASTERO.—Ya lo veo, ya. Aquí hay algo más fuerte que mi voluntad.

ELLIDA.—Su voluntad no tiene ahora el menor poder sobre mí. Para mí es usted un ahogado que ha vuelto a salir del mar..., y que se vuelve al mar. Ya no me produce usted miedo, ni me atrae tampoco.

EL FORASTERO.—Usted siga bien, señora Wangel. (*Salta la valla.*) En adelante no será usted para mí... más que un naufragio en mi vida, del que he logrado salvarme.

WANGEL.—(*La contempla un instante.*) Ellida, tu alma es como el mar. Tiene flujos y reflujos. ¿Cómo fue posible ese cambio?

ELLIDA.—¿No comprendes que el cambio vino..., que el cambio tenía que venir... desde el momento que podía elegir con libertad?

WANGEL.—¿Y ya no te atrae más lo desconocido?

ELLIDA.—No me atrae ni me espanta. Hubiera podido arrojar una mirada en él..., hubiera podido ir a él... solo con que hubiera querido. Podía haberlo elegido, y por eso he podido renunciar a él.

WANGEL.—Poco a poco voy comprendiéndote. Tú piensas y sientes en imágenes y representaciones visibles. Tu anhelo hacia el mar..., tu inclinación hacia él..., hacia ese hombre..., todo eso no era más que la expresión de un ansia de libertad que nacía y crecía en ti. Nada más que eso.

ELLIDA.—¡Oh, no sé si tendrás razón! Pero has sido un buen médico para mí. Encontraste el remedio... y osaste aplicarlo...; el único remedio que podía salvarme.

WANGEL.—Sí; en casos de extremo peligro osamos tanto nosotros los médicos... ¿Te quedarás ahora conmigo, Ellida mía?

ELLIDA.—Sí, amigo mío querido. Ahora me quedaré contigo; ahora puedo hacerlo. Porque lo hago con libertad..., voluntariamente y bajo mi propia responsabilidad.

WANGEL.—(*Contemplándola amorosamente.*) ¡Ellida, Ellida! ¡Oh, poder pensar que podremos vivir en adelante el uno para el otro!...

ELLIDA.—Y con los mismos recuerdos..., tuyos como míos.

WANGEL.—¿Verdad que sí, Ellida mía?

ELLIDA.—Y para nuestras hijas, Wangel.

WANGEL.—¡Nuestras dices!

ELLIDA.—Para ellas, a quienes no poseo..., pero a las que trataré de conquistar.

WANGEL.—¡Nuestras! (*Le besa apasionadamente las manos.*) ¡Oh, gracias infinitas por esa palabra!

(*Hilde, Ballested, Lyngstrand, Arnholm y Bolette entran por el jardín por la izquierda. Al mismo tiempo pasan por el sendero las gentes jóvenes de la ciudad y los veraneantes.*)

HILDE.—(*A media voz, a Lyngstrand.*) ¡Mire usted!... Papá y ella parecen dos novios.

BALLESTED.—Estamos en verano, señorita.

ARNHOLM.—(*Mirando a Wangel y Ellida.*) Ahora sale el inglés.

BOLETTE.—(*Yendo hacia la valla.*) Desde aquí se le ve mejor.

LYNGSTRAND.—Es el último viaje de este año.

BALLESTED.—Pronto se habrán cerrado todas las vías, como dice el poeta. ¡Qué triste es eso, señora Wangel! Y ahora vamos a perderla a usted por algún tiempo. He oído que se marchaba usted mañana a Skjoldvik.

WANGEL.—No, ya no hará el viaje. Esta noche, hemos resuelto otra cosa.

ARNHOLM.—(*Mirándolos alternativamente.*) ¿De veras?

BOLETTE.—(*Acercándose a Wangel.*) ¿Es verdad eso, papá?

HILDE.—(*A Ellida.*) ¿Te quedas con nosotras?

ELLIDA.—Sí, querida Hilde...; es decir, si tú quieres que me quede.

HILDE.—(*Entre llorando y riendo.*) ¡Oh..., que si yo quiero!

ARNHOLM.—(*A Ellida.*) ¡Esto sí que es una sorpresa!

ELLIDA.—(*Sonriendo.*) Vea usted, señor Arnholm... ¿Se acuerda usted de nuestra conversación de ayer? Cuando una se ha vuelto una criatura de tierra... no vuelve a encontrar el camino que la lleve al mar... ni a la vida del mar.

BALLESTED.—¡Pero eso es exactamente lo mismo que mi sirena!

ELLIDA.—Poco más o menos.

BALLESTED.—Con la única diferencia que mi sirena... muere por ello. Pero los hombres, los hombres pueden aclimatarse. ¡Sí, sí, señora Wangel; yo se lo aseguro a usted...: los hombres pueden aclimatarse!

ELLIDA.—Sí, con libertad pueden hacerlo, señor Ballested.

WANGEL.—Y bajo su propia responsabilidad, querida Ellida.

ELLIDA.—(*Estrechándole la mano.*) Eso es.

(*El gran vapor se desliza sin ruido por el fjord. La música va sonando más cerca de tierra.*)

FIN

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición reproduce la traducción de José Ramón Pérez Bances publicada en *Dramas de Enrique Ibsen*, tomo I (Madrid, Librería de Perlado, Páez y C.^a, 1914; Biblioteca Clásica, tomo CCXXXIII), a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB